

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1854. — TOMO IV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 13. — N° 82.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

Hundimiento de un puente en Lyon; grabado.—Apuntes para un drama.—Revista de Paris.—La tarde en el mar.—Las procesiones de la fiesta del Corpus; grabados.—El combate del 13 de junio delante de Silistria; grabado.—Teatro latino.—Margarita Pusterla.—Telégrafo eléctrico.—Revista de las tropas francesas; grabados.—Costumbres populares de Inglaterra.—La muralla de Trajano.—Atmósfera marítima.—La luminara; grabados.—Acapulco, en México grabado.—El señor José Gonzalez.—Anarquía en materia de gustos sobre la apreciacion de la belleza.—La última hoja.—A; J...—Los plumíferos universales.—Montañas lunares.—Descripción del bordado.—El mes de Julio; grabado.

Hundimiento de un puente en Lyon.

Llevamos cerca de tres meses de lluvias acompañadas algunos días de tempestades que no han dejado de producir estragos. La que tuvo lugar en Paris el treinta de junio último produjo varias descargas eléctricas que ocasionaron algunas desgracias. Hubo entre otros, un rayo que en las inmediaciones del Jardin de Plantas mató á un hombre en el acto y dejó á otro paralítico. Cuéntanse algunas otras muertes, y son muchas las personas que á consecuencia de estas conmociones eléctricas sufrieron graves lesiones y terribles sustos. Pero

la víspera de esta tempestad que ha dejado memoria en Paris ocurría otra no ménos formidable en el mediodía de la Francia, ocasionando una fuerte y rápida crecida en el Ródano, causa del desastre de que vamos á dar cuenta.

Habia en Lyon un magnífico puente de hierro, de construccion reciente, el cual tenia la denominacion de Puente de *Saint Clair* y servia de indispensable comunicacion entre el arrabal de este nombre y el norte de los Broteaux.

Mas arriba de este puente, y á poca distancia existia uno de esos molinos antiguos que la industria huma-



Hundimiento del puente de Saint-Clair, en Lyon, el 29 de junio de 1854.

na coloca en las corrientes mas rápidas de los rios sin darles una solidez conveniente. La crecida del Ródano fué tan fuerte el día 29 de junio, que arrancó el edificio del expresado molino, el cual arrastrado por la impetuosa corriente y no teniendo sitio por donde abrirse paso, chocó en el citado puente con la mayor violencia. Los alambres se hicieron añicos, las columnas férreas cuyo equilibrio establecían, cayeron ayudando á romper el tablado, y todo desapareció en la profundidad del rio llenando de desconsuelo á los habitantes de la ciudad, aun que sin ocasionar mas desgracias que la de la pérdida material de una obra tan bella como útil.

Apuntes para un drama.

ACTO PRIMERO.

Hallábamonos reunidos varios amigos en el café de Frascati, una noche de aquellas del mes de diciembre en que el termómetro señalaba ocho, diez y doce bajo cero, y sabido es que cuando la temperatura desciende á este punto, en ninguna parte se pasa un rato tan agradable como en el café. La comodidad humana ha inventado muchos preservativos contra los dos mas poderosos enemigos que tiene el hombre durante el invierno, á saber: el frio y el fastidio. El brasero, la chimenea y la estufa son los excelentes antidotos á que me refiero, pero todos ellos tienen sus inconvenientes, todos faltan á esa ley del equilibrio fuera de la cual el centro de gravedad desaparece, tanto en el órden moral como en el físico. Además, suponiendo que por los indicados medios artificiales lleguemos á obtener una temperatura agradable, nunca el hombre experimenta dentro de los muros que constituyen su habitacion ese solaz que la amistad le brinda en el café durante las horas primeras de la noche, y esto se explica diciendo que no cabe recreo en el recinto del trabajo. Conviene dejar sentado que este momento de distraccion, tan necesario á los que llevan una vida laboriosa, en nada perjudica á las afecciones de la familia, pues al contrario las multiplica y refresca, evitando la monotonía que lleva consigo toda comunidad, cuando su regla no se halla interrumpida por algunos periodos de ausencia voluntaria; y he aquí porque todo individuo al retirarse del café siente renacer con nuevos atractivos las emociones que le encadenan al hogar doméstico.

En el café se habla de todo sin mas objeto que el de recrear el espíritu fatigado de los negocios ó del estudio, y no se profundiza nada, porque esto equivaldría á convertir la distraccion en trabajo, que es como si un atleta buscara en los placeres de la danza el descanso de sus ejercicios gimnásticos.

En el café se resuelve, ó por mejor decir se resuelve la política del mundo de un modo tan superficial y sonoro como universal, siendo una verdadera escuela de tolerancia donde se emiten todas las opiniones, resultando al fin de las discusiones que cada loco sigue con su tema, sin que las disputas hayan turbado la armonía de la amistad. De la política se pasa á las bellas artes, á las letras y á las ciencias: de vez en cuando la polémica mas interesante se interrumpe para no volver á anudarse por una crónica amorosa ó por la aparicion de una bella que hace convergir todas las miradas en un punto. En fin, en el café se bebe, se fuma, se juega, y esta variedad de objetos hace que la imaginacion se divierta de paso que ejercita sus recursos, lo que basta á explicar la aclimatacion de esos establecimientos orientales en todos los países del globo.

En la noche á que me refiero, despues de habernos entretenido un rato en contemplar los cristales empañados por el vapor interno del café y el frio excesivo de la calle, se habló de amena literatura, y uno de los concurrentes, dirigiéndose á mi humilde persona, soltó esta interpelacion, á que ya no sé que responder á fuerza de oírlo repetir:

— ¿Qué está Vd. escribiendo ahora?

— Poca cosa, le dije; me entretengo en hacer artículos de costumbres.

— ¿Y porqué no escribe Vd. un drama?

— ¡Un drama! Por varias razones. La primera porque no me siento capaz de dialogarlo en francés, que sería como mas inmediatamente pudiera tocar los resultados mientras me halle en esta tierra; la segunda porque, aun en el caso de escribir en castellano, creo que me costaría demasiado trabajo el acostumbrarme á pulsar la lira dramática despues de haber cultivado, casi exclusivamente hasta aquí, el género satírico, y la tercera, porque no me ocurre un asunto bastante nuevo y filosófico.

— Pues hombre, dijo el interpelante, lo que es por el asunto no lo deje Vd., porque yo tengo uno que si no es filosófico, al menos tiene la ventaja de ser nuevo.

— Falta, repuse yo, que tenga el requisito de la verosimilitud.

— ¡Vaya si es verosímil! como que se trata de una ocurrencia de la capital, de un hecho histórico y reciente en que intervienen personas con cuya amistad me honro.

— Pues bien, añadió buscando reparos para impedir la narracion de un asunto que sin saber porque me parecia que habia de ser insípido; aunque tenga ese plan en su favor la circunstancia de la verosimilitud, no valdrá nada si carece de interés dramático.

— Nada de eso; mi asunto tiene un interés que nunca decae y es altamente romántico.

— ¡Romántico! exclamé yo, contento de haber encontrado un asidero para impedir la narracion que me amenazaba. ¡Malo es eso! Yo soy en efecto un poco aficionado á la escuela romántica, pero ha pasado ya la moda, y desde luego excusa Vd. describirme el plan de un drama que yo renuncio á escribir.

— Pero mi amigo insistió; los demás concurrentes manifestaron deseos de oírlo, y yo tuve que resignarme á escuchar lo que Vds. van á leer.

— «Se trata de unos amoríos, dijo el narrador, dirigiéndome siempre la palabra, unos amoríos sublimes como los que mas han podido immortalizarse en la historia ó inspirar á los poetas. Un jóven á quien darémos el nombre de Alberto, se habia enamorado de una jóven á quien llamarémos Sofia. Creo que estos nombres, aunque mas propios de la novela clásica que del drama romántico, no perjudicarian al éxito de la obra. Pero dejando á un lado la cuestion de nombres que en nada puede interesarnos, diré á Vd. que tanto Sofia como Alberto justificaban sus mutuas simpatías por ser sobre poco mas ó menos de la misma edad, porque ambos habian sido favorecidos por la naturaleza con las gracias físicas en que menos alarde hace de su prodigalidad, y en fin, porque el amor, como todos los instintos, obedece ciegamente al destino que le impulsa sin detenerse á examinar los tropiezos con que á veces le interrumpen el paso los intereses de familia ó las preocupaciones sociales. Pero la desgracia quiso que tanta armonía fuese rota por la desigualdad de la fortuna. Sofia era rica y Alberto pobre; la riqueza suele no escuchar mas voz que la de la avaricia, y los padres de Sofia despidieron á Alberto con cajas destempladas, ó al menos haciéndole entender que solo cuando ocupase una posicion brillante en la sociedad podria aspirar á la satisfaccion de sus ilusiones. Esto, como Vd. ve, no peca de inverosímil.

— Nada de eso, repliqué yo. El mismo Napoleon recibió dos veces calabazas en su juventud, por la razon de que su presente no auguraba un digno porvenir.

— Pues eso mismo le respondieron al pobre Alberto, continuó mi amigo, en vista de lo cual este sentó plaza de soldado y partió para la guerra de Africa, prometiendo á Sofia un amor eterno, y jurando que volveria á solicitar su mano cuando contase con el apoyo de la gloria y de la fortuna. Sofia juró tambien no pertenecer á otro mientras él viviera, y ambos convinieron en los medios de cartearse. Esto me parece natural y nuevo.

— Natural sí, pero nuevo no, repuse yo, recordando la historia de los amantes de Teruel en que ocurrieron las mismas circunstancias.

— Pues bien, dijo mi amigo, tanto mejor, así como así el plagio está á la órden del día. Hombre hay en Paris que en una obra publicada el año pasado tradujo y dió como original la novelita de M. Scribe titulada el *Palco Misterioso*; últimamente otro se acaba de apropiarse en un folletín la graciosa produccion de Alejandro Dumas en que hace bajar á la tierra las estrellas simbolizando las virtudes, y no terminaria nunca esta critica de los abusos de algunos escritores, tan escasos de talento como de conciencia, si fuese á referir todos los plagios que salen á luz. Volviendo á nuestro asunto, diré que Alberto partió, y su primer cuidado, luego que llegó á su destino, fué escribir á Sofia indicándole el punto á donde debia dirigir su contestacion. Habia el pobre calculado por minutos el tiempo que debia su carta tardar en llegar á Paris, el que su amada invertiria en responder, burlando la vigilancia de sus padres, y en fin el día fijo en que esperaba ver renovadas por escrito las protestas verbales que colmaban su ambicion. Llegó el ansiado día, y la fortuna empezó á manifestársele adversa, pues tuvo que salir su regimiento precipitadamente á perseguir al enemigo antes de que el correo de Paris entrase en Argel. Esta casualidad está muy justificada en la campaña.

— Sin duda, dije yo, y no solo en la campaña sino en todas partes, como que ya se ha hecho proverbial el dicho de que todo el mundo está lleno de casualidades.

— Mi amigo continuó.

— No necesito decir que Alberto, soldado francés y alentado por el amor tanto como por el deber en la carrera de la gloria, se distinguió extraordinariamente. ¿Pero qué digo? No solo se distinguió, sino que por sus proezas conquistó el epíteto de temerario, tan honroso en la milicia, y como en Francia nunca las virtudes militares quedan sin recompensa, nuestro héroe volvió con el grado de subteniente y algunas cruces al punto de donde habia salido como recluta. Dificil me sería pintar la alegría que rebosaba en el pecho, los sueños de ventura que cruzaban por la mente de Alberto al ver tan felizmente inaugurada una carrera que debia halagar á su amor mas que á su ambicion; pero sería mas dificil describir la ansiedad con que al llegar á Argel, despues de algunos meses de marchas y combates, corrió á ver si tenia carta de su amada.

— Y no la tendria, dije yo; eso se adivina fácilmente. El padre de Sofia descubriria el secreto de su hija por alguna criada traidora que mediante una retribucion interceptase la correspondencia.

— Justamente.

— Pero eso no importa, añadió, puede que el público no adivine tanto, y en todo caso, siempre se puede poner una escena en que se retrate el carácter de las criadas modernas que se venden á sus amos por el interés, en oposicion á las antiguas que se consagraban á sus señoritas por pura afeccion.

— Me parece bien, repuso mi amigo, esa escena y algunas otras del género cómico harian buen contraste con las peripecias funebres de nuestro drama. Pero déjeme Vd. seguir el interrumpido asunto. Decia, pues, que Alberto tuvo el sentimiento de no recibir contestacion de Sofia, visto lo cual la escribió recordando sus juramentos, y tampoco logró respuesta. Desesperado y en vísperas de partir para una expedicion mas larga y arriesgada que la anterior, tomó la pluma y trazó estas ú otras palabras semejantes: — « Mi querida Sofia: Bien dice el refran cuando dice que á muertos y á idos no hay amigos. ¿Qué se hicieron aquellas promesas con que tan sublimes aspiraciones despertabas en mi pobre corazon? El viento se las ha llevado, y este viento era sin embargo tan débil que ni siquiera ha podido atravesar los mares. Yo voy á la campaña, donde nada deseo tanto como la muerte, porque solo en ella puedo corresponder á tu olvido; pero ten entendido que tu imágen será herida por la bala que me mate, porque tu imágen no se apartará de mí mientras conserve un soplo de vida. Si tengo la desgracia de vivir, si la tumba niega á mis penas el sagrado descanso que tanto deseo, haré por volver á Francia ó á donde quiera que te halles. Vive segura de que te encontraré aunque te escondas debajo de la tierra, como yo estoy seguro de que tu remordimiento será mas duradero que tu amor. Hasta entónces. — Alberto. » — El padre de Sofia interceptó esta carta como las anteriores, y se sintió tan conmovido con su lectura, que de buena gana hubiera accedido á los deseos de los dos amantes, si un compromiso recientemente contraido no se lo impidiera. Pero habia empeñado su palabra de honor á su amigo el baron de Sevres, y ya le era imposible retroceder. Llamó, pues, á su hija, y la hizo saber su resolusion, lo que, como era consiguiente, produjo una escena desagradable de réplicas y lágrimas, súplicas primero y amenazas despues, sin que Sofia manifestase un solo momento mas flexibilidad que el autor de sus dias.

— Yo, decia la jóven, tengo tambien empeñada mi palabra; he jurado no pertenecer á ningun hombre mientras viva Alberto, y jamás quebrantaré mi juramento.

— Juramentos necios de jóvenes sin reflexion, dijo el padre: ¿te parece que Alberto se acordará de tí á estas fechas?

— ¡Oh! estoy segura de ello.

— Pues yo creo, por el contrario, que te ha olvidado ya, y si desde su partida te ha escrito alguna carta, lo que me parece imposible, porque tendrá que consagrar á alguna otra bella el tiempo que debia invertir en tributarte un recuerdo, si te ha escrito, vuelvo á decir, será por cubrir el expediente.

Sofia suspiró tristemente al escuchar estas palabras, cuyo efecto tenia su padre calculado; pero la jóven no se rindió por esta prueba aparente de la infidelidad de su amante. Antes bien se atrevió á decir que estaba dispuesta á corresponder con el amor no solo al olvido sino al desden de Alberto mientras este viviera. En este instante anunció un criado al baron de Sevres, y Sofia se retiró de la sala permaneciendo en una habitacion inmediata desde donde pudiera oír la conversacion.

— Eso de esconderse un personaje para escuchar á los otros es un recurso muy gastado, dije yo.

— En efecto, contestó mi amigo; pero si Vd. suprime ese y otros resortes usados por todos los autores no hay drama posible.

— Adelante.

— Era el baron un hombre de cuarenta y cinco años, edad desproporcionada para una jóven que no habia cumplido los diez y ocho; pero simpático y sencillo en su trato, al par que noble y generoso en sus sentimientos. Este excelente hombre conoció en la agitacion de que estaba animado el padre de Sofia que habia ocurrido algo en aquella casa, y protestó de una manera que revelaba la mayor sinceridad que si Sofia rehusaba aceptarle por esposo, de ningun modo debia violentarse su corazon. Esta noble ingenuidad fué un rayo de esperanza para Sofia y un dardo que acabando de herir profundamente el alma soberbia de su padre, le produjo un desmayo. Acudió el baron á su socorro, y Sofia con sus gritos puso en movimiento á toda la gente de la casa, y se buscaron facultativos que convinieron en descubrir una congestion cerebral de mucho peligro. No era este solo el golpe que debia recibir Sofia en aquel día fatal. Como los médicos son tan charlatanes, despues de tratar lo concerniente al enfermo, hablaron hasta de política. Uno de ellos leyó en el *Moniteur* que llevaba en el bolsillo las últimas noticias recibidas de Argel, donde se daba cuenta de una batalla sangrienta en que habia quedado el campo cubierto de cadáveres.

— Apuesto, dije yo, á que Alberto figuraria en la lista de los muertos.

— Así es, respondió mi amigo.

— Y tambien apuesto á que no murió sino el tiempo necesario para que Sofia se casase con el baron.

— En efecto.

— Todo eso se adivina fácilmente, pero tiene la ventaja del viso dramático, como que no hay drama en que no tengan lugar peripecias análogas.

— Estamos de acuerdo.

— Ahora se comprende tambien que el padre de Sofia recobraría su salud tan pronto como vió cumplidos sus deseos.

— Está Vd. equivocado, dijo mi amigo, muy satisfecho de la novedad que en esta parte ofrecia el asunto de su drama. Justamente, añadió, el padre de Sofia

murió al día siguiente de la boda. No hay, sin embargo, necesidad de hacerle morir en la escena, ni de que el público asista á su entierro; pero no será malo hacer constar que entre los papeles del difunto encontró Sofia las amorosas cartas que le habia dirigido Alberto.

Mi amigo no pudo continuar, no por la emocion que le causaba la historia que iba refiriendo, sino porque creyó descubrir á través de los empañados cristales la sombra de una mujer que debia interesarle. Lo cierto es que pegó un brinco, se plantó en la calle sin decir oste ni moste, y los que permanecimos en el café nos quedamos haciendo comentarios sobre el plan del drama. Por fortuna, lo ya manifestado bastaba á formar un cuadro completo, que bien ordenado bastaba á llenar las condiciones del arte, y la suspension inesperada podia considerarse como si se hubiera corrido el telon del primer acto.

J. M. VILLER GAS.

Revista de Paris.

El gran teatro imperial de la Opera francesa ha cerrado sus puertas á principios de julio hasta el otoño próximo, como se acostumbra en todos los veranos, y con este motivo hemos tenido grandes funciones de despedida, grandes solemnidades musicales y coreográficas. La última representacion de Sofia Cruvelli fué lo que en estilo teatral se llama un verdadero triunfo; las flores inundaron las tablas de tal modo, que apenas el numeroso personal de coristas que salió á la escena tenia manos suficientes para recogerlas todas. El público salia entusiasmado por haber oido los últimos gorgoritos de la cantatriz en la noche de despedida, y contento por haber presenciado aquella ovacion extraordinaria.

— ¡Qué lluvia de flores, amigo mio! decia un jóven á otro jóven, sentándose ambos á la puerta de un café del boulevard de los Italianos, donde pudimos oir su entretenida conversacion, que vamos á trasladar á nuestra revista.

— Sí, contestaba el segundo, nunca he visto otra semejante, y estoy muy satisfecho de lo que he presenciado esta noche.

— ¡Qué mujer, la Sofia Cruvelli, qué garganta! Si te gusta tanto como á mí, decia el primero, habrás tenido un placer extraordinario con los aplausos y la lluvia de ramilletes que ha merecido del público en su funcion de despedida.

— ¡Inocente! respondió el otro; ¿con qué te figuras que es el público el que arroja ramilletes á los artistas?

— Siempre lo he creído.

— Es verdad que hasta hoy yo he sido tambien víctima del mismo engaño, pero esta noche he aprendido cómo se practican las inundaciones de flores en los teatros.

— ¿Qué quieres decir?

— Voy á explicártelo. Figúrate que estaba yo colocado allá arriba, en el proscenio nº 1º de los palcos segundos, no se me olvidará nunca. Por supuesto que me aburría de lo lindo, pues no veia otra cosa que los sombreros de las señoras que estaban en delantera; sin embargo, de tiempo en tiempo me levantaba para echar un vistazo por los palcos y las galerías que se poblaban de trajes elegantes y de bonitas caras, cuando á la mitad del primer acto de la ópera oí el ruido de una llave en la cerradura, y ví entrar á un caballero de frac negro y chaleco blanco, con una carga de ramilletes de flores que arrojó en un rinconcillo oscuro que habia en el fondo del palco. El caballero en cuestion hizo varios viajes, descargando cada vez igual cantidad de ramilletes que la primera, los cuales llegaron por fin á formar un montoncillo respetable. Noté que el susodicho individuo no llevaba sombrero, y que sus manos parecian muy toscas, lo que me hizo creer que seria un criado, ó quizá un empleado especial de la casa, sin duda el que corria con las flores.

Un momento despues, cuando acabó la Cruvelli el aria del primer acto, el caballero aquel tomó dos ramilletes, y los arrojó uno detrás de otro al escenario, por encima de las cabezas de las señoras que ocupaban el palco, pero guardándose muy bien de mostrarse. Despues de aquellos dos ramilletes arrojó otros dos, y luego siguió arrojando hasta veinte, mientras que en los palcos del lado opuesto se repetia la misma ceremonia. Ahora solo me falta decir que la *claque* aplaudia estrepitosamente cuando caian las flores, y que el público arrastrado por aquel entusiasmo de orden superior, hacia lo mismo.

— ¿Pero veinte ramilletes nada mas? preguntó con sorpresa el amigo del narrador.

— Espera, espera, contestó este; concluida la primera descarga de aplausos y de ramos, siguió la representacion, y apenas habia pasado un cuarto de hora, cuando ví volver el mismo sugeto, con el mismo frac negro y el mismo chaleco blanco, y con una nueva carga de ramilletes. — A fe mia, dije para mí, puesto que van á arrojar mas flores á esa cantatriz sorprendente, quiero reunir mis pobres homenajes á los de ese caballero; y en efecto, con aquel fin bajé al salon de descanso y compré un ramillete, no tan abultado como los del palco, pero compuesto exclusivamente de rosas dobles. Para reconocerle desde arriba, y para ver si la diosa á quien le destinaba le recogeria con sus propias manos distinguiéndole entre todos, le mandé atar con una larga cinta de color de rosa. Pero ¡ay! mi ramillete, confundido un instante despues con la carga de aquellos que bajó del palco, fué recogido por un comparsa, á pesar de que cayó justamente á los piés de la diva.

— De modo que le tomaron por uno de tantos, repuso el amigo, que principiaba á comprender la causa de la lluvia de ramilletes que tanto le habia entusiasmado aquella noche.

— No lo sabes todo, prosiguió el otro; aquellas dos inundaciones florales se habian verificado durante el primer acto, y

yo esperaba que en el segundo habria una nueva manifestacion del mismo género. Efectivamente el rinconcito reservado se volvió á llenar con una cantidad de ramilletes mucho mas considerable que las otras dos veces; pero ¡cuál no seria mi sorpresa cuando distinguí uno de aquellos ramos atado con una cinta de color de rosa semejante á la que mandé yo poner en el mio! Me acerqué y reconocí mi ramillete; mas aun, reconocí tambien, examinando todas aquellas flores medio deshojadas, sin pétalos muchas de ellas, que no era la primera vez que iban á salir á las tablas.

— ¡Buen descubrimiento!

— Sí, parece que las flores son como esos comparsas que representan cada uno muchos soldados en un desfiladero, y que pasan y vuelven á pasar de un lado á otro de la escena para figurar un ejército. Yo rebosaba de júbilo en el palco con lo que habia visto, y ya iba á marcharme á la calle, cuando me dió la idea de recoger uno de aquellos ramilletes para juzgar, segun su composicion, del gusto de la persona que los pagaba. Aquí le traigo, añadió descubriendo su pañuelo, y mostrando un manojito de flores á su amigo.

Los dos interlocutores examinaron y analizaron con la mayor curiosidad aquel ramillete, en donde habia mas amapolas que rosas, mas alelíes que jazmines, y mas yerbas silvestres que hojas de geranio. Sin embargo, preciso es convenir en que los ramilletes teatrales no necesitan flores delicadas, y al contrario deben arreglarse de modo que produzcan efecto, lo mismo que las decoraciones; una amapola, vista á cierta distancia, produce mejor efecto que una rosa.

— Pero en fin, dijo el de la aventura dando vueltas al trofeo que tenia en la mano, la empresa de la Opera que paga estos ramilletes para ensalzar su ídolo, da prueba de un gusto poco fino, haciendo servir repetidas veces las mismas flores.

La conversacion se interrumpió aquí, pero ahora añadirémos nosotros que las ovaciones de los artistas pagadas por el teatro tienen su regla; todo depende de los ajustes anteriores; los ramilletes se estipulan en las escrituras de los cómicos, lo mismo que el sueldo y los aplausos, y la *claque* es siempre la encargada de llenar esa condicion convenida entre las partes contratantes.

En una escritura de una actriz de provincia hemos visto una vez la siguiente cláusula: « La señorita X... recibirá la noche de su estreno en las tablas treinta ramilletes, y cuarenta en su representacion de beneficio. » Esta actriz era fea, y además tenia poco talento, pero el empresario la profesaba una estimacion particular; en la noche de su beneficio halló sobre el tablado cuarenta y un ramilletes en vez de cuarenta; el empresario ¡idió una explicacion, y la actriz lisonjeada con el regalo de un ramillete mas, quiso atribuir aquel aumento de entusiasmo á la admiracion que habia producido su talento; pero el director, que era un hombre celoso, se incomodó, y al año siguiente la señorita X... tuvo que pasar á otra provincia donde no halló ramilletes ni aplausos. Un chusco de la ciudad habia imaginado ese medio para libertar á sus compatriotas de la actriz mala y fea que el director les imponia hacia tres años.

Una anécdota bastante singular se ha contado estos días en los círculos elegantes. En Paris la aficion al teatro es tan general en todas las clases, que todo cuanto se roza con los bastidores y las candilejas tiene un encanto particular para los parisenses. En el estío, la gente diseminada por los campos debe forzosamente prescindir de óperas y comedias; pero este inconveniente se remedia creando espectáculos de sociedad, ó llámense teatros caseros. De aquí resulta que los espectadores en invierno se vuelven cómicos en el verano.

Un jóven, con grandes pretensiones á la elegancia, notable por su exageracion en el vestir y la excentricidad de sus maneras, uno de esos hombres, en fin, que parecen hechos para la pomada, los guantes y los lentes, y á quien llamaremos Carlos de N..., se presentó en casa del cómico G..., uno de los graciosos mas célebres de Paris, y entabló con él un diálogo que puede resumirse en estos términos:

— Caballero, le dijo, el paso que doy podrá tacharse tal vez de indiscreto, pero con un preámbulo explicativo, me prometo que se dignará Vd. acordarme el favor que quiero pedirle.

— Hable Vd., pues, caballero.

— Yo no he salido nunca á las tablas, y debo estrenarme dentro de algunos días, pero entendámonos, que no quiero decir por esto que voy á consagrar mi vida al arte.

— No serémos rivales, dijo el cómico.

— No por cierto, yo vivo de mis haciendas, pero dotado de una aficion extraordinaria al arte sublime de Talma, deseo probar mis fuerzas en un teatro casero, ante un público escogido, pues debo advertir á Vd. que yo frecuento en Paris las mejores sociedades. En suma, varios amigos y yo tenemos dispuesta una comedia que ha de representarse el domingo, y á mí me ha tocado uno de los papeles que desempeña Vd. con tanto talento. No lo habria dicho Vd. al verme, ¿no es verdad? Yo con mi figura y mis maneras habria debido atenderme á los galanes jóvenes, pero ¿qué quiere Vd.? es muy tonto eso de hacer el amor en el teatro, sobre todo cuando está uno cansado de hacerlo en el mundo. Así pues, mi anhelo es mostrarme de un modo distinto; quiero meterme á gracioso, esto me divertirá muchísimo, y para salir con bien en mi empresa, vengo á preguntar á Vd. si tendrá á bien darme algunas lecciones. Desde luego puedo asegurar á Vd. que hallará en mí un discípulo con grandes disposiciones, me lisonjeo de ello.

El cómico habia dejado hablar á Carlos apenas sin interrumpirle, y le escuchaba y le observaba con una curiosidad notable.

— Sí, prosiguió el jóven, á poco que Vd. me ayude con sus consejos, lograré hacer reir á mis espectadores.

— No lo dudo, contestó el cómico.

— ¿De modo que puedo contar con ello?

— Seguramente.

— Mil gracias; ahora debo añadir á Vd. que no trabajará gratis, sabré agradecer...

— ¡Oh! no hablemos de eso.

— Enhorabuena, callarémos, pero lo dicho dicho.

— ¿Se sabe Vd. ya el papel?

— No muy bien todavia.

— Pues apréndale Vd. completamente, y mañana principiaremos las lecciones.

El jóven volvió al otro dia con su papel en la memoria; el cómico le mandó recitar una escena, y le hizo algunas advertencias obligándole á permanecer en su casa unas dos horas, pues su conversacion y sus maneras picaban su curiosidad en grado superlativo. Carlos estuvo inimitable, desplegó todas sus gracias, y quiso deslumbrar al actor con sus maneras elegantes. Las lecciones se repitieron varios días, y por último, el jóven pudo salir á su teatro con su papel, y produjo el inmenso efecto que esperaba.

Al día siguiente, el aficionado agradecido volvió á casa del cómico con una cadena de oro que pensó regalar al hombre á quien debia su triunfo.

— Ya le dije á Vd. que no habláramos de eso, observó el cómico.

— Sin embargo...

— Nada, no insista Vd., porque me enfadaria seriamente.

— Pero yo no puedo permitir...

— Oigame Vd.; en conciencia debo decir á Vd. que no me debe un ochavo.

— ¿Y cómo es eso?

— Por la sencilla razon de que entre nosotros no ha habido mas que un cambio de lecciones. Yo debo representar muy pronto en una nueva comedia el papel de un jovencito acicalado, y gracias á Vd. podré crear el tipo; yo le he enseñado á Vd. un papel, y Vd. me ha enseñado á mí otro, de modo que estamos pagados.

Carlos se incomodó, dijo que aquella broma era pesada, y que estaba dispuesto á no sufrirla, pero el actor añadió que deseaba verle enfadado seriamente, porque en el papel del jovencito en cuestion habia una escena de enfado, y podria copiarla del natural lo mismo que las otras, y esta simple observacion apaciguó su cólera. Sin embargo, el cómico insistió en no tomar el regalo, y el elegante hubo de retirarse con el temor de ver reproducidas en las tablas próximamente su figura y modales.

MARIANO URRABIETA.

La tarde en el mar.

BARCAROLA.

Ya el sol descende
Tras de los montes,
Y en fuego enciende
Los horizontes:
Boga, barquero,
Corta ligero

Las claras ondas del ancho mar.

La fresca brisa
Que en torno vuela
Con blanda risa
Llene tu vela;
Boga, que el alma
Que está sin calma

Quiere en los mares libre gozar.

Al son del agua
Que agita el viento
Quimera fragua
Mi pensamiento,
Y en la alegría
Mi fantasía

Se eleva en alas de la ilusion;

Y en esas nubes
De azul y rosa
Con los querubens
Sueña gozosa;
Y el mar que gime
Con voz sublime

Calma las penas del corazon.

Tienda su velo
La noche triste,
Que el ancho cielo
De luto viste;
Y en sus estrellas
Con luces bellas

Soñemos ambos lo porvenir:

Nuestros dolores
Adormirémos,
Y en sus fulgores
Gozar creerémos
La dicha inmensa
Que el alma piensa

Y el labio apenas puede decir.

ANTONIO ARNAO.

Las procesiones de la fiesta del Córpus.

Entre las varias descripciones acompañadas de dibujos que hemos recibido este año de las provincias, con motivo de la celebracion de la fiesta del Córpus, elegi-

mos las dos siguientes :

« Elbeuf 29 de junio de 1854.

» Adjunto remito á Vds. el diseño de un altar levantado por los soldados del 29 de línea de guarnición en Louviers, para descanso de la procesion del día del Córpus.

» Este altar que se elevaba en el patio del cuartel, era de una concepcion original y distinguida. Figuraba una ermita en medio de las montañas : su efecto era muy pintoresco y no carecia de cierta ilusion. Las rocas se habian simulado con andamios cubiertos de mantas, sembrando encima, con mucho arte, las diversas clases de musgo que crecen en las alturas. Un soldado vestido de ermitaño se hallaba en la celda, y cuando apareció la procesion se dirigió por entre las rocas hácia una cruz de madera ante la cual se puso de rodillas. Lo que realizaba mas aquella obra religiosa y la hacia mas meritoria aun, es la circunstancia de que aquellos valientes militares debian salir de Louviers el mismo día con direccion al campamento de Saint-Omer, y que la perspectiva de aquella larga marcha no les disuadió de la realizacion de este proyecto concebido por un simple soldado. — E. B. »



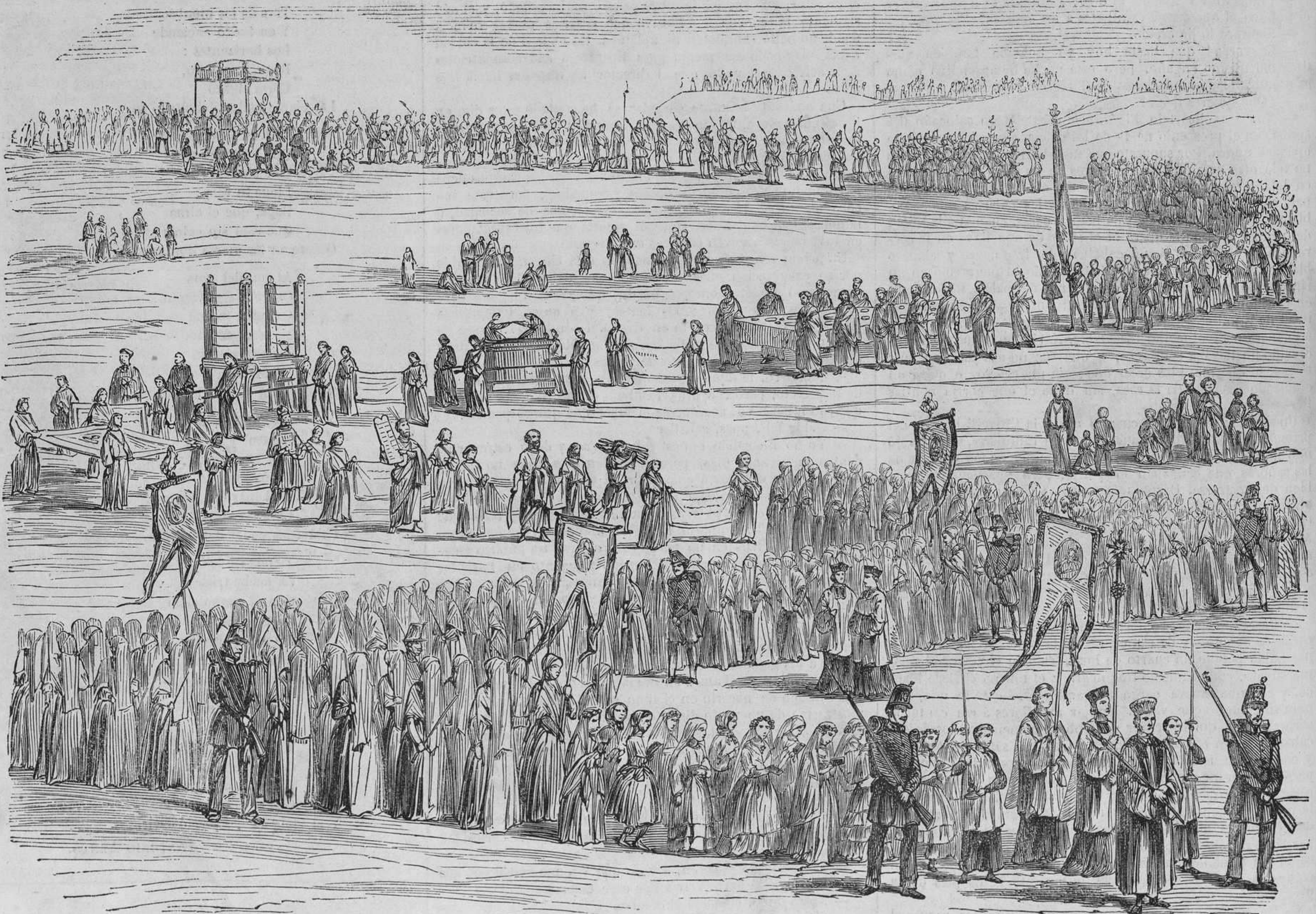
Altar elevado en Louviers por los soldados del 29 de línea, para la procesion del Córpus.

« Tolon 22 de junio de 1854.

« Acabo de asistir á un espectáculo que ha llamado altamente la atencion pública; he visto una procesion que difiere esencialmente de cuantas ha habido en Tolon hasta el día. Gracias á la buena direccion del señor cura Gibert esta ceremonia ha ofrecido una variedad

con el cordero y peces asados, la lechuga silvestre, etc., llevada por Nuestro Señor Jesucristo y los doce Apóstoles. La Asociacion de los hombres con la bandera á la cabeza, la música y el clero, completaban esta procesion, que nos recordó los principales actos relatados en el Antiguo y el Nuevo Testamento. »

L.



J. Gaudreau

Procesion de la iglesia de San Juan, en Tolon, con motivo de la fiesta del Córpus.



Combate delante de Silistria, el 13 de junio de 1854.

El combate del 13 de junio delante de Silistria.

Nuestros lectores conocen ya la heroica defensa de Silistria, de esa plaza de cuarto orden defendida por una guarnición de 13,000 hombres, que ha resistido cerca de dos meses á 80,000 rusos, de los cuales, segun nuestras noticias, 24,000 quedaron en el campo de batalla. Durante dos meses, los turcos de Silistria han combatido incesantemente con una bizarría á toda prueba, multiplicándose para rechazar los asaltos de un enemigo tan superior en número, hasta que al cabo le obligaron el 23 de junio á levantar el sitio; pero entre las sangrientas peleas que han sostenido figura en primera línea la del 13 de junio, en donde quedaron heridos el príncipe Gortschakoff y el general Schilder. Este combate memorable dado delante de Silistria, y que se ve representado en nuestro dibujo, es una de las acciones más reñidas que ha habido hasta hoy en la guerra de la Turquía con la Rusia.

TEATRO LATINO.

Estudios sobre Plauto.

(Artículo primero.)

In comedia maxime claudicamus, dice Quintiliano, y con efecto la censura del célebre crítico es imparcial y justa, y no tan severa como puede parecerse ahora en que privados de las obras de Menandro, de Philemon, de Posidippo, y demás cómicos griegos de los cuales solo la fama ha llegado hasta nosotros, Plauto y Terencio, sus imitadores adquieren una importancia y mérito que no podían tener para Quintiliano, familiarizado con los modelos que aquellos copiaron: y pudiendo apreciar comparativamente las cualidades y otros. Además puede decirse hasta cierto punto, que los romanos no tuvieron nunca un teatro nacional; porque si bien es cierto que deben á los griegos casi todos los géneros de poesía, excepto la sátira cuya invención y perfección les pertenece exclusivamente (1), en la comedia fueron menos originales que en los demás; tomando de aquellos los asuntos y los personajes; es decir traduciendo las comedias griegas, y acomodándolas á las costumbres y al grito del pueblo romano. Con razón, pues, decía Quintiliano que la comedia era la parte más débil de la literatura.

Varias causas pudieron influir para que la comedia no adquiriese entre los dominadores del mundo el carácter de la originalidad y nacionalidad que sus poetas á otros géneros, importados de la ciudad de Minerva. El averiguarlas todas sería una empresa superior á nuestros conocimientos, y aunque no agena del fin que nos proponemos en estos artículos, más propia de un estudio esencialmente filosófico del arte dramático entre los latinos, que de nuestras investigaciones puramente literarias. Sin embargo, ya que hemos suscitado esta cuestión no de largo sin tocar en ella, aunque ligeramente.

Las instituciones democráticas que rigieron á ambos pueblos, imprimió en sus leyes y en sus costumbres un sello de semejanza que es imposible desconocer. La forma de las sociedades antiguas esencialmente política y guerrera, daba á todos sus actos un carácter público y general bajo el cual desaparecía la vida íntima de la familia, y los intereses privados. El movimiento, las intrigas, la lucha de intereses opuestos y de encontradas ambiciones, consistía solo en los negocios públicos, en el foro, en las escuelas de los filósofos, ó en casa de las cortesanas. Allí, pues, únicamente era permitido al poeta cómico colocar su escena; de allí tenía que sacar sus personajes y sus caracteres, y solo así podía interesar á unos pueblos acostumbrados á vivir en las plazas públicas y que hubieran visto todavía con más certeza que escándalo penetrar al poeta en el santuario guardado por sus dioses lares, únicos testigos de sus secretos domésticos, y hacerlos asunto de un público espectáculo. Y entre los romanos todavía eran más severas en esta parte que entre los griegos las leyes y las costumbres; unas y otras prohibían poner en escena para ridiculizarlas á las mujeres libres, y ni la censura de los ediles, ni la dignidad romana, hubieran permitido presentar en el teatro bajo la máscara cómica á sus cónsules, á sus senadores, á sus questores ni á sus tribunos. El amor, ese gran recurso de la comedia moderna, siempre nuevo y bañado, y siempre inagotable entre nosotros por el espiritualismo que le presta nuestra religión y nuestras costumbres, era entre los antiguos por las mismas causas exclusivamente material, y por consiguiente más uniforme, tanto en los afectos que inspiraba, como en la manera de expresarlos.

Ahora bien; la civilización romana, muy adelantada ya, y formada bajo leyes y costumbres semejantes á las de los griegos, importó de la vencida Atenas las artes y las letras. La comedia, espejo fiel de las costumbres públicas de los vencidos, encajonó perfectamente

en las costumbres de los vencedores, y no pudiendo ir más allá por las mismas y aun mayores causas que lo impidieron en aquellos, se limitó á reproducir los mismos personajes y los mismos caracteres generales. Mercaderes de esclavos, viejos regañones, avaros ó libertinos, jóvenes imprudentes arruinándose por las cortesanas, esclavos aventureros, usureros y parásitos colocados siempre en torno de una intriga amorosa más ó menos libre; unas veces maligna y satírica, otras tierna é interesante.

Las anteriores reflexiones nos traen naturalmente á la memoria un fenómeno digno de observarse. Plauto y Terencio, los dos grandes modelos del arte cómico entre los romanos florecieron mucho antes que Horacio y que Virgilio, es decir, que la poesía dramática se aclimató entre ellos y dió frutos sazonados, primero que la poesía lírica y que la epopeya. En todos los pueblos ha sucedido precisamente lo contrario. ¿A que deberemos atribuir esta singularidad? Homero trilló el camino por donde debía pasar el carro de Thespis; Sofocles y Eurípides no hubieran existido sin él. Epicharmo, inventor de la comedia griega, era discípulo de Pitágoras; la comedia es hija pues de la filosofía, procedencia legítima y natural. Pero entre los romanos la máscara de Thalia aparece y se eleva á grande altura antes que las odas de Horacio, antes que la Eneida, antes que Catón, y mucho antes que Séneca. ¿Y qué razón hay para ello? Una sola se nos alcanza y ya la hemos indicado: no es lo mismo trasplantar que crear, no produce los mismos frutos ni de la misma manera el árbol ingerto que el natural: la nación conquistadora por excelencia conquistó también su literatura; y como poseía el arte y el talento de afianzar sólidamente sus conquistas, supo sacar de esta tanta gloria y provecho como de las demás. No hay que extrañar por consiguiente el no ver en la marcha de la literatura latina la marcha lenta, trabajosa y siempre lógica que se observa en la poesía de las demás naciones, en que esta ha caminado á la par con su civilización política y religiosa. Los dominadores del mundo invadieron y sujetaron la patria de las artes y de las musas, y apoderándose por derecho de conquista lo mismo de los vencidos griegos, que de cuanto bello y grande habían producido, se hicieron arrastrar en tiempo al Capitolio por sus nuevos esclavos mientras ellos, vencedores, conducían también en triunfo las artes, las ciencias y la filosofía del pueblo vencido; para ostentarlos en su victoria, darles nueva patria y hacerlos prosperar en su suelo con gigantesco impulso, sin orden, sin método y casi á la vez, en magnífica y asombrosa confusión.

De lo expuesto se deduce fácilmente, que á pesar de la justa censura del elocuente Quintiliano, el teatro latino por lo que respecta á Plauto y Terencio, es sumamente digno de estudio, no solo por las bellezas de todo género que encierra, sino también como depósito en que se han conservado los restos del teatro griego, y por consiguiente como único monumento cómico de la antigüedad. Curioso en extremo sería poder comparar detenidamente lo que estos dos poetas romanos copiaron de los griegos, lo que modificaron y lo que pusieron de su propio caudal. Porque no se crea por lo que ántes hemos dicho que sus traducciones son copias caldadas escrupulosamente del original; Plauto y Terencio eran demasiado poetas para contentarse con una copia servil de un modelo, por excelente que este fuese, ni para desconocer el verdadero objeto de la comedia, que es corregir los vicios y reformar las costumbres de la sociedad para quien se escribe. Así es, que bajo los nombres griegos de los personajes de sus comedias, se trasluce en los dos poetas la censura y la sátira de las costumbres romanas. En Plauto especialmente está tan marcada esta tendencia, que se ve á cada momento al talento vigoroso y original del poeta, luchar tenazmente con las trabas de la imitación, sin poderse contener en ella. He aquí las causas de los numerosos anacronismos que se encuentran en sus comedias, lo cual se le tacha como un defecto: lo será sin duda, pero nosotros sin negarlo, encontramos en él la principal belleza de sus comedias. Cuando en el segundo artículo hagamos un examen detenido de este poeta, tendremos lugar de probar cumplidamente la proposición que aventuramos ahora con cierto carácter de paradoja.

Curioso é interesante es también hasta lo sumo el estudio de esta mezcla de costumbres griegas y romanas, comparadas con las nuestras, y admirable observar cuantos puntos de semejanza tienen unas con otras. Muchos de nuestros vicios, muchos de los caracteres que solo creemos posibles, bajo la forma actual de nuestra sociedad, muchos de los refinamientos de nuestra civilización, y que pasan por invención del genio moderno, los hallaremos á cada paso pintados con admirable semejanza en la comedia romana. Esto nos probará una vez más esta verdad incontestable, á saber: que el hombre siempre es el mismo, y que hay vicios, males é instituciones que por más que declamen los filósofos y los hombres políticos de todos los tiempos, constituyen la esencia de la sociedad humana, puesto que á pesar de los siglos, y á pesar de las reformas y de las revoluciones se les ve constantemente aparecer y reproducirse en ella.

Demostrada ya la utilidad y el interés del estudio de los dos grandes poetas cómicos de la antigüedad, nos parece oportuno dar como introducción á él una ligera idea del estado del arte dramático entre los romanos, ántes de la aparición de estas dos grandes lumbreras de su teatro cómico. Breve es el período que separa el nacimiento de la comedia romana, de su perfección y

madurez. Entre Livio Andrónico, su primer introductor, y la primera comedia de Plauto, solo media un espacio de 32 años. Hasta que el primero á la Italia medio civilizada las artes de la Grecia, dió la primera muestra de una fábula dramática regular, los romanos no conocían más que las improvisaciones llamadas *fescenninas*, especie de canto ya de una voz sola, ya repetido por un coro, ó bien dispuesto en forma de diálogo sin regla ni versificación fijas, y metido solamente por una cadencia confusa y caprichosa.

Estas escenas groseras perfeccionadas después, tomaron el nombre de *sature*, que equivale al de farsa, *haturrillo*, etc.

En el año 514 de la fundación de Roma fué cuando Livio Andrónico ofreció á los romanos, acostumbrados únicamente á espectáculos bárbaros ó licenciosos, la primera fábula dramática regular é interesante. El entusiasmo que produjo fué extraordinario, y tanto, que agradecido aquel gran pueblo al poeta que le proporcionó tan nuevo y delicado placer, no se contentó con colmarle de vanos aplausos, sino que mandó erigirle una estatua viviendo aun.

Pocos años después, Nevio introdujo en el teatro unas piezas satíricas escritas en el antiguo idioma ó dialecto provincial que hablaban aun los *volsgnos* y los habitantes de Campaña. Plauto sigue inmediatamente á estos, ó por mejor decir, fué su contemporáneo, y se apodera del cetro de la comedia latina que Ennio su sucesor trasladada después á Terencio el cual le conserva siempre.

Vamos pues á examinar detenidamente á cada uno de estos dos poetas, cuyas obras han llegado hasta nosotros, y que atravesando más de veinte siglos son muchas de ellas modelos acabados que no se han desdenado de imitar y traducir los más célebres cómicos de la edad moderna, como Reynar y el gran Molière. No tenemos la temeridad ni la presunción de juzgar á Plauto y á Terencio, y al aventurar las observaciones que el estudio de sus obras nos ha sugerido, procuraremos apoyarlas, siempre que sea posible, con autoridades respetables que den á las nuestras la fuerza que por sí solas no tendrían. Pero si disienten alguna vez de aquellas, también las emitiremos con franqueza y lisura, no como un fallo, sino como una duda, que nuestro buen deseo de acertar presenta á la decisión de jueces más competentes que nosotros. El objeto de los artículos, á que sirve de introducción el presente, es más bien aprender que enseñar; despertando entre nosotros la afición á esta clase de estudios, tan necesaria para formar el talento y buen gusto de los que se dedican á escribir para el teatro, y tan interesante y curiosa como creemos haber demostrado, tanto para filósofo observador del corazón humano, como para conocer las costumbres y la historia del pueblo romano.

No nos parece fuera de propósito dar ántes de concluir este artículo una concisa descripción de los teatros romanos que extractamos de una erudita disertación de M. Marzais, autor de las ruinas de Pompeya.

Los primeros teatros que se construyeron en Roma eran de madera, y no duraban más que los días señalados para celebrar con funciones dramáticas alguna festividad ó reliposo. Pero muy pronto substituyeron á estos efímeros monumentos suntuosos edificios de mármol y bronce cuyas ruinas excitan todavía la admiración del mundo. Pompeyo fué el primero que edificó en Roma en el año 699 un teatro de piedra que podía contener cuarenta mil espectadores. Estos teatros estaban descubiertos, y para resguardarse de los ardores del sol y de la intemperie de las estaciones, extendían sobre ellos un toldo que conservaban tirante por medio de unas poleas ó garruchas, empotradas fuertemente en la fábrica de las paredes exteriores.

La parte del teatro destinada á los espectadores, era un semicírculo, el cual estaba cubierto de gradierias divididas en diversos, á los cuales daban el nombre de *præanuntiones*, y en ellos se colocaban los espectadores segun su rango. Los asientos destinados á los simples ciudadanos, estaban divididos por unas líneas grabadas en la piedra y numerados de la misma manera, y cada uno ocupaba el número correspondiente al que tenía una especie de dado que recibía al entrar, y que llamaban *tesera*. No puede haber cosa más parecida á los billetes de nuestros teatros. Varios pasillos y escaleras conducían á los diferentes pisos de la gradería; las secciones formadas por esta distribución se llamaban *cuñes*. Las gradas inferiores las ocupaban los caballeros, y las superiores las damas romanas. El espacio que resultaba entre la línea circular de la última grada, y la línea derecha de la escena, le ocupaban los senadores, y se llamaba la orquesta. Encima de las dos entradas laterales de la orquesta había construidos una especie de palcos semejantes á los nuestros de proscenio, que eran un sitio de honor, reservado á los principales magistrados. Los músicos de flauta y de lira se colocaban de pie á las dos extremidades del *pulpitum*, muro que sostenía la escena. El piso de esta era de tabla como las nuestras, sin olvidar su foro y sus escotillones por donde se hundían las sombras, las furias y demás divinidades infernales, mientras que las que habitaban el Olimpo desaparecían por la parte superior de la misma manera que en los modernos bailes fantásticos y en nuestras comedias de magias. A las extremidades del gran eje de la escena había también dos puertas por donde entraba y salía el coro. Sabido es que las máscaras y el calzado de los actores, elevando la estatura de estos, y aumentando la extensión de su voz, hacia una y otra; proporcionada á la magnitud de estos teatros.

Explicada ya, tanto la colocación de los espectadores

(1) También en rigor podía disputárseles esta gloria, pues las mal llamadas comedias de Aristófanes no son otra cosa que sátiras dialogadas; pero la nueva forma que dieron los romanos á esta clase de composición, el decoro y tono noble á que la elevaron, y de que carece completamente en Aristófanes, les hace dignos de ser considerados como los inventores de un género que solo ellos hicieron florecer verdaderamente.

como la disposicion y magnitud de la escena, nos será mas fácil comprender algunos pasajes de las comedias de Plauto y Terencio.

L. VALLADARES Y GARRIGA.

MARGARITA PUSTERLA

III.

LA CONVERSACION.

Buonvicino pasó el dia muy inquieto, intentando en vano distraer su pensamiento. No se pregunte si cerró aquella noche los ojos, ó si los dias sucesivos fueron mas tranquilos. Aguardaba una respuesta, y la respuesta no podia venir. Esperaba y temia, y la incertidumbre fué para él mas cruel que lo hubiera sido el mas terrible suplicio. Algunas veces se proponia ir á ver á Margarita para salir de tal estado de perplejidad. Tomaba esta resolucion y la cambiaba en seguida; se decidia de nuevo, salia conmovido, llegaba á la esquina de la calle donde vivia Pusterla, miraba la puerta de la casa, suspiraba, y seguia.

En fin, despues de tantas resoluciones hechas y desechas, tuvo valor para pasar el umbral de su querida. ¡Cómo le temblaban las piernas! ¡cómo latian sus sienas! El ruido del puente levadizo resonando bajo sus piés le parecia una voz amenazadora que le prevenia para que no pasara adelante. Al subir la escalera tuvo que apoyarse en la balastrada, porque sus ojos turbados confundian los objetos. En otro tiempo habia entrado allí con el corazon lleno de alegría, con serenidad y confianza. « ¿No soy ya hombre? » se dijo á sí mismo, y con este reproche que afirmó su voluntad, penetró en la antecámara, y preguntó por Margarita á los criados. Nunca se cerraba la puerta de la casa; le respondieron que la noble dama estaba en el salon de recibir, y mientras un paje fué á anunciarlo, otro le servia de introductor.

Era una espaciosa sala, con artesones de madera cincelada y dorada. Las paredes estaban revestidas de pieles con listas de oro y colores; una alfombra oriental cubria el pavimento; elegantes cortinas de damasco carmesí ondeaban ante las puertas y las grandes ventanas que á través de sus vidrios redondos, festoneados arabescamente, daban paso á la luz modificada del dia. En la chimenea ardía un tronco de árbol, que comunicaba un calor tibio todavia agradable en esta primera estacion. Espaciosos armarios de nogal, muebles delicados de ébano con embutidos de marfil, nácar y plata, adornaban la sala. Aun se veian allí algunas mesitas, y los grandes sillones con brazos y reclinatorios que la comodidad y la imitacion han vuelto á poner en uso. En uno de ellos estaba sentada Margarita, vestida con un traje muy sencillez y elegante; cerca de ella, una señora de compañía, muda é indiferente, trabajaba en un taburete. Margarita acababa de dejar el tamborcillo de hacer blonda, ocupacion favorita de las mujeres de su rango, y tenia en la mano un volumen de pergamino ricamente encuadrado con relieves de oro.

Sin levantar la vista: « Bien venido, » dijo ella con voz melodiosa, inclinando suavemente su encantadora cabeza, cuando el paje repitió el nombre del caballero á quien introducia. Buonvicino estaba muy agitado para observar si la voz de Margarita anunciaba la emocion del corazon. Ansioso de entablar la conversacion: « Señora, le dijo, ¿qué libro es ese que le llama á Vd. de tal suerte la atencion? »

Ella contestó: « El don mas precioso que me ha hecho mi padre al casarme. ¡Padre excelente! en los apacibles años de su vejez, se ocupaba en escribir diariamente una página de este libro con el cuidado que puede Vd. ver. El ha pintado y dorado las miniaturas de estas mayúsculas; los festones de la portada son obra de sus manos; pero lo mas estimable de todo son los pensamientos que encerraba en estas páginas. El me los dió con su último beso cuando salí del hogar paterno para entrar en el de mi esposo. Ya ve Vd. qué valor tiene para mí ese libro. Y ya que mi buena suerte lo trae á Vd. aquí en este momento, ¿podré sin indiscrecion rogarle á Vd. á que me lea algunos pasajes? »

Los deseos de Margarita eran órdenes para Buonvicino, que en esta ocasion iba además á libertarse obedeciendo de su embarazosa situacion. Acercó, pues, una silla, y se sentó. Margarita volvió á su blonda, la dama continuó su costura, y Buonvicino comenzó á leer la página donde Margarita se habia parado.

« Supongamos, hija mia, que la pasion borra de tu pensamiento á ese Dios que has invocado como testigo de los juramentos hechos á tu esposo; supongamos que nada traspasa fuera entre las gentes que te condenarian sin oír tus disculpas; tu marido mismo ignorará tus crímenes, ¿en qué situacion te hallarás respecto de tí misma? Apenas cometas tu primera falta, adios la paz y la serenidad. Cien temores te asaltarán; tendrás que mentir todos los dias, y una falta engendrará otras mil. Estas horas que pasabas con tu marido, en la dulce alegría sin delirio, que solo se encuentra en el seno de la virtud, te serán odiosas. La presencia de tu esposo será una acusacion viva de tu crimen, su presencia te recordará el juramento que has quebrantado. Si te acusa por alguna otra cosa, al querer justificarte la conciencia gritará contra tí; si te acaricia, — ¡oh, qué dolor mas agudo que las caricias del hombre ul-

trajado! Por la noche, en el lecho que ha visto vuestro tranquilo sueño, él duerme en paz junto á tí, — él duerme feliz junto á aquella que lo ha vendido, que lo aborrece como á un obstáculo que se opone á su fantástica felicidad. Pero el sueño huye de tus párpados, y en las pesadas vigiliias buscas con el pensamiento el objeto que llamas tu bien, y que es la fuente de tus infortunios. Y aun en este punto, ¡cuántas dudas! ¡cuántos delirios! ¿Quién te asegura que eres amada? ¿Te ha dado mas pruebas de amor que tu marido? Y si tu amante te deja como tú has abandonado á tu marido, ¿cómo lo acusarás de infiel, tú que lo has sido con tu esposo? ¿Cuál será entonces tu conducta? ¿Volverás al hombre á quien has hecho traicion, á los hijos desatendidos, á la paz doméstica que no mereces? »

« Esas son tus vigiliias, y cuando el sueño te da alguna tregua, ¡qué ensueños y visiones! Asustada, te levantas y fijas la vista en tu marido. ¡Tal vez soñando has pronunciado una palabra reveladora! Tú lo miras con angustia, él te contempla con ojo cariñoso, y te pregunta la causa de tu turbacion. ¡Qué infierno se agita en tu alma!!! »

« Tus hijos te rodean, graciosos, amados; delicia y encanto de la vida. Tú los acaricias; su padre los acaricia tambien, los besa, guia sus primeros pasos, los enseña á pronunciar su nombre y el tuyo. Con ellos olvida los enojosos negocios; su inocencia es un bálsamo para él, cuando lo han ofendido la doblez ó el orgullo de los hombres. Él te dice: »

« Alma mia, ¡qué suave es la infancia! ¡Qué poderoso es el afecto que nos une á nuestra propia sangre! »

« ¡Palidece, desgraciada!!! »

« Despues su imaginacion, anticipándose á los tiempos, piensa en la nueva juventud que le van á dar esos seres amados, y guiado por su mano, sentirá fortificarse la vida: « Ellos serán virtuosos, dice él, ¿no es verdad, amor mio? virtuosos como su madre; ellos serán nuestro consuelo, ¡como tú fuiste siempre el mio! »

« Cómo bajas la frente, cómo aprietas contra tu seno al menor de tus hijos, pero no por un movimiento de ternura, sino para ocultar la turbacion de tu rostro. ¿Qué temes? Dios no está ahí, ó te perdonará si le envias un suspiro, cuando el mundo te abandone. Los hombres no saben nada, ni tu marido tampoco. Pero ¿qué importa? Tu conciencia te presenta el sendero tortuoso de mentiras y rodeos que te lleva al precipicio. En vano quieres pararte... y á donde quiere que vayas te sigue el grito inextinguible de tu conciencia. »

« A eso te quiere arrastrar, hija mia, aquel que intenta robarte el amor de tu esposo, ¡y él dice que te ama! »

El sudor corria por la frente pálida de Buonvicino. Mientras leía, una mano de hierro oprimia su corazon; se sentia desfallecer, su voz se debilitaba, por último le llegó á faltar. Soltó el libro, y con los ojos clavados en el suelo, permaneció unos instantes sin poder hablar. Margarita continuaba su delicado trabajo, procurando aparentar tranquilidad. Pero el que la hubiera mirado con atencion hubiera observado en el desorden de su labor el desorden de su alma; al cabo no pudo ocultar á Buonvicino algunas lágrimas que se escaparon de sus ojos.

¿Qué mérito tendria la virtud si no se comprara con difíciles pruebas!

Despues de un breve silencio, Buonvicino se levantó, y procurando fortalecer su voz: « Margarita, exclamó, esta leccion no será perdida. Mientras tenga un soplo de vida, durará mi gratitud. »

Ella lo miró con inefable compasion, con la mirada que debe dirigir un ángel cuando el hombre confiado á su guarda cae en un crimen, del cual se ha de arrepentir. Y cuando oyó cerrarse la puerta despues de haber dado paso á Buonvicino, ella dió rienda suelta á su desesperacion. Corrió á la cuna en donde dormia su Venturino, lo cubrió de besos, y el gracioso rostro del jóven fué inundado por un torrente de lágrimas, tributo pagado al primer amor, que la habia encantado con su inocencia. Venturino abrió los ojos, esos ojos de niño, en los que el cielo parece que refleja la serenidad de su límpido azul; los fijó en su madre, la reconoció, y echándole los brazos al cuello, dijo: « ¡Madre mia, madre mia! »

¿Con qué encanto oia en este momento la palabra preciosa de madre el casto oido de Margarita! Ella le volvió la serena tranquilidad de un corazon que acababa de salir intacto de un peligro.

Buonvicino salió fuera de sí sin reparar en criados, puertas ni calles. Largo tiempo erró al acaso, sin ver ni oír; yo no sé si hemos dicho que era el juéves santo, dia en que entonces como ahora todo el mundo iba á postrarse de rodillas en el sepulcro del Salvador. Allí adoraban al Santo Sacramento, encerrado en él, en conmemoracion de la gloriosa sepultura del Hombre-Dios, que vino á redimir el mundo. Las calles estaban atestadas de gente; pobres y ricos se mezclaban, formando filas ó pelotones, detrás de una cruz, de la cual se habia quitado la divina carga para reemplazarle con un sudario á guisa de banderola. Unos caminaban descalzos, otros cubiertos con un saco; algunos recitaban en voz alta el rosario; otros cantaban el *Stabat Mater* y los *Salmos* del rey penitente, ó murmuraban el *Miserere*, mientras se vapuleaban las espaldas con cuerdas anudadas. Como si esto no fuera bastante, un hombre cubierto hasta la cabeza con un toscó lienzo marchaba entre dos ó tres cofrades que le daban á cada paso terribles zurriagazos. En aquella época tambien iban co-

munidades de frailes y monjes, y cofradías con los piés descalzos, las manos juntas y los ojos en tierra, recitando el rosario, cantando ó gimiendo.

Así iban recorriendo las siete iglesias que encerraban los muros de la ciudad. En medio de las adoraciones que hacian en cada una de ellas, redoblaban sus oraciones, sus cánticos, sus lamentos y flagelaciones. Todas las parroquias tenian un hombre vestido de Cristo que llevaba en hombros una pesada cruz, rodeado por mujeres que representaban á la Magdalena y la Virgen María, y por santos de todas edades y naciones que iban suspirando. Otros vestidos como en Palestina figuraban los judíos, á Pilatos, Heródes, Longino, el Cirineo. Cada uno hacia su papel profiriendo singulares palabras, que interrumpia el llanto de los espectadores. El acompañamiento de esta melodía era formado por las carracas y los martillos que herian las puertas del tránsito, manejados por un tropel de muchachos. Un saltimbanquis ciego cantaba en un tablado con voz llorona una composicion grotesca, que si hoy hubiera excitado la risa ó el desden, entonces arrancaba á los oyentes lágrimas de piadosa compasion. La atenta multitud echaba sin cesar monedas en el cepo del ciego; y algunos de aquellos hombres de hierro que no habian compadecido en la guerra los verdaderos sufrimientos, lloraban como niños oyendo referir el holocausto voluntario de la divina victima. Uno de ellos, llevando la mano á la guarcion de su espada, exclamaba: « ¡Oh, porqué no estabamos allí para libertarlo! »

Monjes y peregrinos aprovechaban este ardor para pintar las crueldades que habian visto en la Tierra Santa, oprimida por los musulmanes, é inspiraban á los fieles el deseo de rescatarla con las armas, ó de aliviar al menos sus desgracias con el oro.

En medio de esta muchedumbre en movimiento, de esa mezcla de lo grave y de lo burlesco que caracteriza á la Edad-Media, de ese grandioso espectáculo de una nacion llorando, como si fuera de ayer, un suplicio verificado trece siglos hacia, Buonvicino pasaba, tan pronto dejándose llevar por la multitud, tan pronto hendiéndola en sentido contrario, siempre con los ojos bajos, como quien teme encontrar un acusador en cada mirada clavada en él. Al verlo tan absorto en sus pensamientos, se le hubiera creído mas penetrado que otro alguno de la devocion universal, al paso que en lugar de un sentimiento piadoso, solo reinaba en su pecho una mezcla de quiméricos y terribles pensamientos que se agolpaban á su cabeza, como la multitud en derredor suyo. Por fin atravesó y se vió solo. El sol declinaba á su ocaso, el viento silbaba en los árboles, y agitaba las yerbas animadas por los rayos del sol que, despues de la languidez del invierno, las bañaba á través de una atmósfera, cuya diafanidad no era aun turbada por las densas exhalaciones de la tierra.

Viéndose en la soledad, tan codiciada por las almas afligidas, Buonvicino se entregó á los afectos opuestos de amor y despecho, de alegría y de pesar, de esperanza y de desesperacion. Se sentaba, andaba, meditaba, volvía la vista á la ciudad, á las torres donde yacia mudo el sagrado metal, á los muros por donde pasaban las rondas gritando y respondiéndose: ¡Visconti! ¡san Ambrosio! Este grito, que le recordaba las desdichas de la patria, lo apartó un poco de las suyas; ¿pero los males de la patria no eran la mayor parte de sus males? Recordaba la perdida libertad, y comparaba los dias pasados con los presentes que presagiaban un porvenir aun mas cruel. Despertábase en su pecho la esperanza juvenil cuando creia vivir en una patria libre, sirviendo á sus conciudadanos con su brazo y su consejo, elevándose á los primeros honores, mereciendo alabanzas en la vida pública y privada... Entonces su pensamiento se volvía á Margarita, todavia soltera, flor aun cerrada, que aguarda el soplo vital, corazon inocente que una de sus palabras podia abrir á la plenitud de una pura felicidad. ¡Ay! todo se habia desvanecido: la esperanza de los honores como la de la felicidad doméstica. « Ella, á lo ménos, añadia, ella es feliz y goza de la ventura que me ha negado el cielo. ¡Afortunada!... ¡la dicha!!! ¡Y yo, desgraciado, yo me atreva á atentar á su pureza! ¡Yo aspiraba á turbar para siempre su tranquilidad y la de un amigo! »

(Se continuará.)

Telégrafo eléctrico.

Hace poco se ha inventado en Francia un nuevo telégrafo alfabético. Las experiencias hechas con este objeto, han dado los resultados apetecidos, y los despachos van escritos en letras romanas.

El aparato se compone de una tabla donde están colocadas las cifras que se quieren transmitir. Este telégrafo se comunica por un solo hilo con la oficina donde se recibe la noticia, en cuyo sitio hay una máquina destinada á la impresion del despacho. Por este medio se consigue imprimir una carta en el corto tiempo de un segundo, y su autor asegura que con la práctica se irá imprimiendo con mas velocidad.

Este telégrafo no solo ofrece la ventaja de la rapidez, sino que por medio de otras combinaciones mecánicas se consiguen estas ventajas:

- 1.ª La reserva con que se hacen todas las operaciones.
- 2.ª Que no puede haber ninguna equivocacion.
- 3.ª Que puede imprimirse el parte al mismo tiempo que se van formando las palabras.

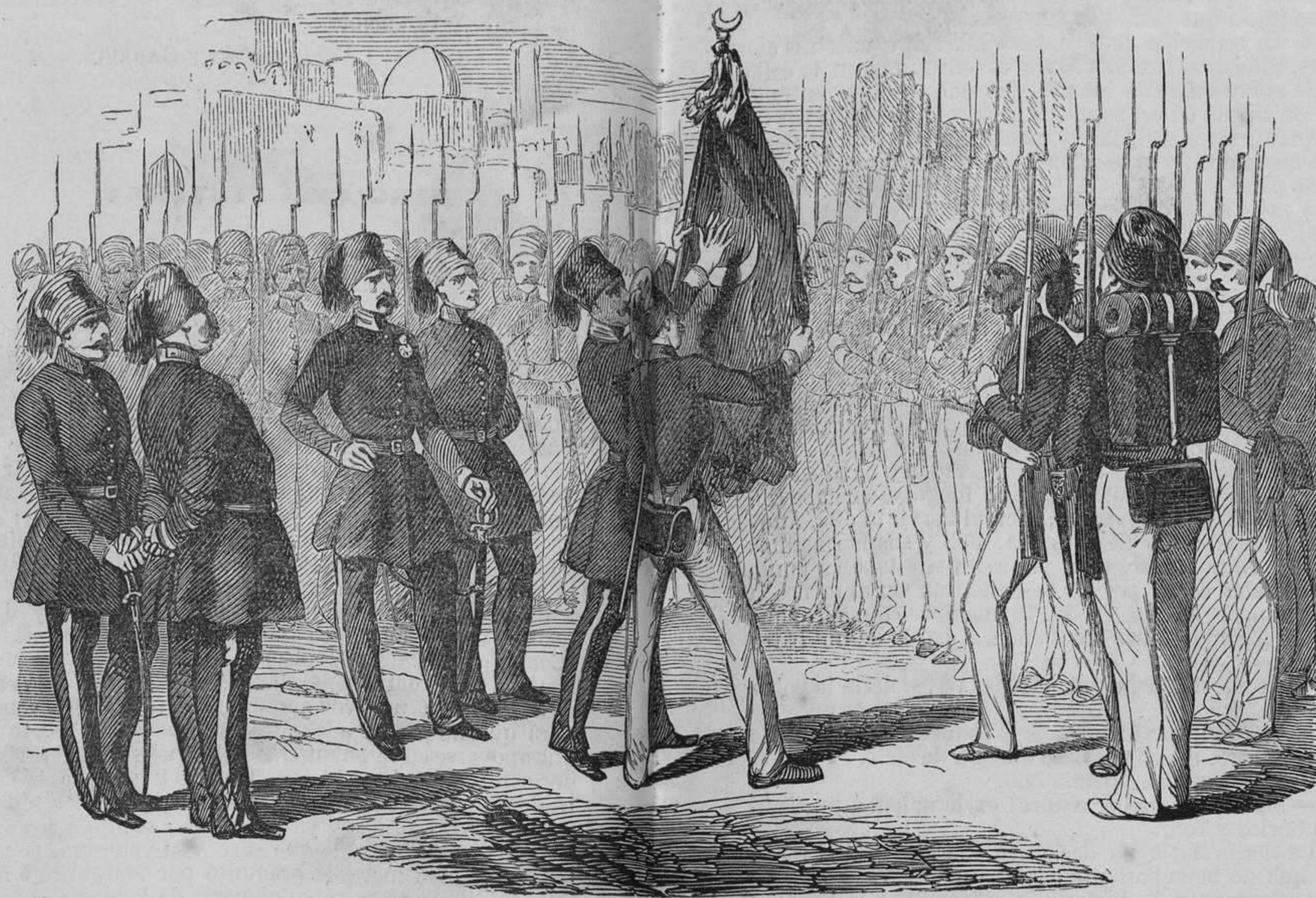
Revista de las tropas francesas

EN LA LLANURA DE BAMI-TCHIF-TILIK, EN PRESENCIA DEL SULTAN.

El 17 de junio último, revistó el príncipe Napoleon, acuartelada en Daut-Baja. Desde las nueve de la mañana acudia un inmenso gentío de todos los ángulos de la capital para asistir a este acto solemne desusado en Turquía. Las tropas comenzaron a salir de su cuartel y a tomar posición en la extensa llanura situada entre Daut-Baja y el hospital militar de Bami-Tchiftilik, y á formarse en dos filas á lo largo del camino que corta la llanura. Espectáculo curioso ofrecían los turcos, hombres y mujeres, recorriendo las filas, y examinando con atención é interés el uniforme de los soldados franceses, sus armas, su continente, observando sus movimientos, con mucha curiosidad. Los zuavos, sobre todo, con su traje oriental, parecía que atraían sus miradas de un modo particular. Primero les parecían turcos; pero apenas oían hablar francés, la sorpresa se pintaba en todos los semblantes, y se volvían hacia los europeos que se hallaban entre la muchedumbre para preguntarles con una



Caballería turca.



Infantería turca.

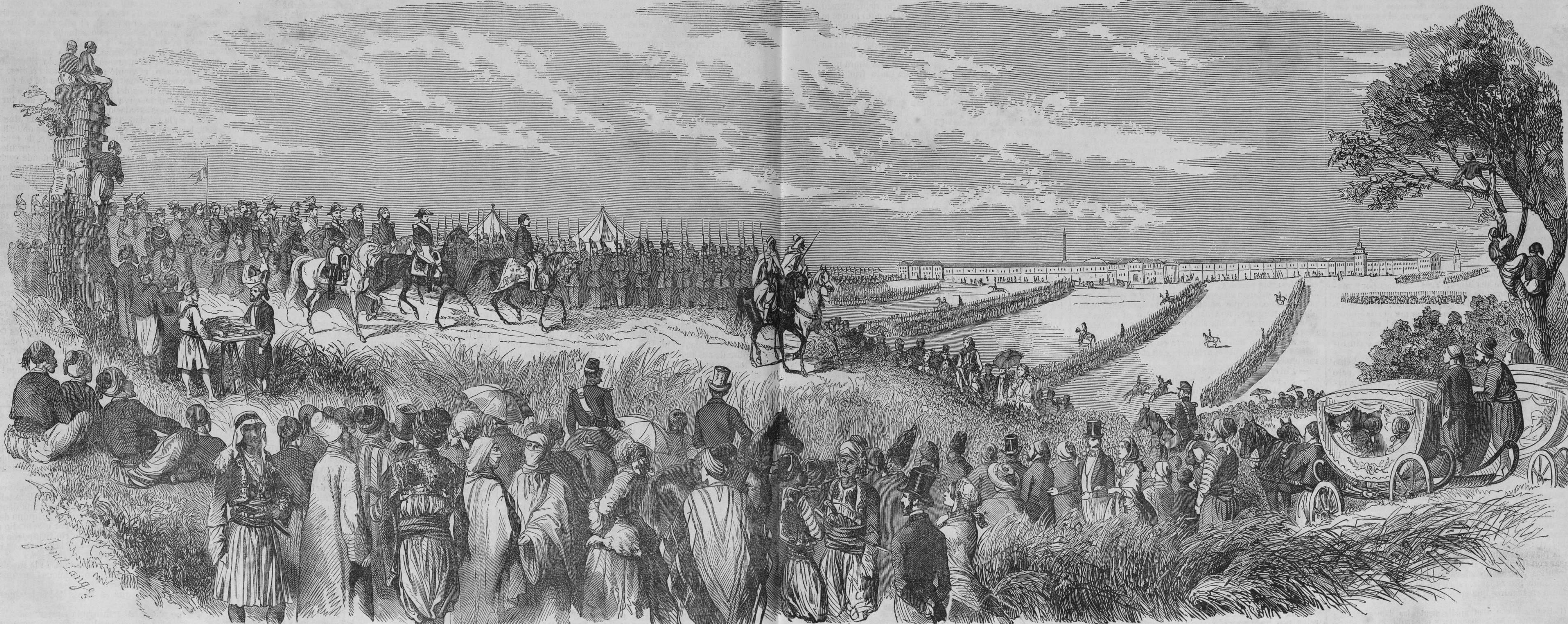
sencillez semi-cómica si aquellos turbantes verdes eran realmente franceses.

Hacia el medio día llegó el príncipe Napoleon escoltado por un numeroso estado mayor, y no fué menor la curiosidad que excitó en la multitud el nombre de Buonaparte, nombre que del Egipto se ha propagado por toda la Turquía, y que en las circunstancias actuales inspira á los turcos respeto y confianza en las armas francesas, recordando el desastre de Moscou. ¡ Pueblo sencillo, pero sublime en su misma sencillez !

A la una se apercebíó á lo léjos el cortejo imperial: el príncipe entonces formó con el estado mayor para recibir al Sultan, que llegó montado en un magnífico caballo, trayendo á su derecha al mariscal Saint-Arnaud. Detrás de ellos venía un séquito brillante y numeroso, compuesto de oficiales del palacio y del estado mayor del mariscal. La tropa presentó las armas, y el Sultan se paró y se puso á la cabeza de las fuerzas, para saludar al príncipe, y despues de haber dirigido algunas palabras á este y al mariscal, continuó su camino para pasar la revista al son de la música de la infantería ligera. El príncipe Napoleon se colocó al lado del mariscal Saint-Arnaud. El Sultan recorrió las filas deteniéndose á veces para examinar lo que le



Artillería turca.



Revista de la 3.a division del ejército de Oriente, pasada por el Sultan, el 17 de junio de 1854, entre el hospital de Maltepé y el cuartel de Bami-Tchiftilik.

llamaba la atención, pidiendo explicaciones á estos, y mostrándose satisfecho del aspecto de las tropas. El grabado que acompaña á este artículo representa perfectamente el golpe de vista de esta soberbia solemnidad.

Después de haberlo observado todo, el Sultan se fué á descansar á una tienda magnífica preparada para recibirlo. Allí le fué presentada la mariscal de Saint-Arnaud, que el Sultan acogió con cortesía casi galante, hasta el punto de hacerla volver al carruaje de que ella había bajado por etiqueta. Algunos instantes después, todas las tropas han desfilado con la música á la cabeza por delante de la tienda imperial. El príncipe Napoleón mandaba. Después del desfile de la fuerza francesa venía un batallón de infantería turca, un escuadrón de lanceros y dos baterías de artillería. El Sultan, llevando á su derecha al mariscal Saint-Arnaud, que marchaba al par de él, volvió al palacio real por el mismo camino que trajo.

Esta es la vez primera que un soberano turco marchaba á la par con otro personaje. En la revista de las tropas inglesas, el duque de Cambridge y lord de Redcliffe iban al lado del Sultan; pero les pasaba una cabeza de caballo. También es esta la primera vez que habla en público tan familiarmente con los cristianos. En cualquier otro tiempo, esta licencia le hubiera sido fatal.

Costumbres populares de Inglaterra.

BOB RACKET EN BUSCA DE UN PAR DE ZAPATOS.

Erase el año de... ¿pero qué nos importa saber el año? y estábamos en el centro de un largo y riguroso invierno — según contaban las viejas, no se había conocido otro semejante en la Gran Bretaña. — helaba de un modo capaz de partir las piedras; la tierra parecía que mordía los talones de los que la pisaban, y los infelices condenados á andar con pies descalzos, tenían casi todos heladas las extremidades como en el grande ejército del gran Emperador en 1812.

¡Tiempo fatal para los pobres! ¡Ah! ¿Existe acaso nunca buen tiempo para ellos? Si el frío solo penetrase la carne y los huesos... pero también llega hasta el alma. Nuestro mismo egoísmo concluye por inclinarse á la caridad en semejantes casos, y por cubiertos de pieles que salgamos al aire libre, padecemos bastante viendo tiritar á los demás, pues el frío es tan contagioso como la risa y el bostezo. Las sociedades de beneficencia distribuyen leña y carbon, algunas veces ropas de abrigo, sin mencionar las sopas económicas tan inagotables como el río, pero á nadie le ocurre ¡qué olvido mas extraño! — ¡ya se ve, como los señores filántropos no van con pies descalzos! — á nadie, pues, le ocurre, al menos en Londres, repartir zapatos. Si les hubiese ocurrido, no hubiésemos podido contarte, caro lector, las tribulaciones de Bob Racket en busca de un par de zapatos.

Bob era un buen muchacho, aunque iba descalzo — los buenos principios no tienen que ver con el calzado — su madre, pobre viuda, cargada con cinco hijos mas entre varones y hembras, les habia dado muy buenas máximas, ¿pero zapatos?... ni soñarlos. Después de pagar su alquiler, le quedaban tres *shillings* y seis *peniques* justos para alimentar seis bocas guarnecidas de magníficos dientes, sin contar la suya; y la buena madre comia muchas veces de memoria para que fuera mayor la parte de sus hijos... Tres *shillings* por semana componen cerca de un *penny* por boca diario: advertid que los comestibles estaban caros, aunque no tanto como ahora, y no extraño que me digais que en semejante apuro se pide prestado. — ¡Ah! milord, ya sabeis que solo se presta á los ricos, y solo los grandes señores tienen permiso para pedir sin certeza ó sin esperanza al menos de pagar.

¡Pobre Bob! la planta de su pié se habia endurecido por fin, y era casi tan consistente como un cuerno, pero menos dura que el casco de los caballos. ¡Terrible invierno! Y era imposible estar en casa, porque entre los seis peniques que hacian hervir la olla de patatas, habia tres ganados por Bob en su calidad de Mercurio, ó vulgarmente hablando, de corre-ve-y-dile del señor Stoncheart el procurador, y para ganar estos tres peniques diarios y traerlos por la noche á su madre, debia levantarse temprano y trabajar todo el día. Bob era para el señor Stoncheart un verdadero autómatas, movido por ingeniosos resortes asegurados, y que no se desarreglaban nunca, mediante los tres peniques diarios de aceite con que suavizaba sus muelles.

Nada importaba tanto á Bob Racket, por supuesto además del frío, que el aire de displicencia con que separaban la vista de su aspecto los dandis y los elegantes cuando cruzaban los barrios del gran mundo. Resonaban continuamente en sus oídos la palabra *shocking* (1); los pilluelos que pasaban el rato del estudio en la plaza cercana á una escuela por donde tenia que pasar con frecuencia, le lanzaban toda clase de burlas é insultos y bolas de nieve helada, y le habian dado el apodo de Sin zapatos. Lo cierto es que el frío era tan intenso en Londres, que eran raros los pies descalzos, y

(1) Expresion que usan pródigamente las damas inglesas cuando ven un objeto repugnante, y que es difícil de traducir en nuestro idioma.

hasta los mendigos se ocultaban en sus guaridas contando con las limosnas domiciliarias.

Muchas veces decia Bob: « ¡Ah! ¡no voy así porque escasea el cuero, pues se deshuelan bastantes bueyes y carneros en las carnicerías, veo pasar sus pieles ensangrentadas que llevan á casa de los curtidores, y millares de zapateros tiran de la lesna desde la mañana hasta la noche!

Un día se paró delante de la tienda de un rico zapatero de Holborn; era un verdadero bazar de calzados, y la fachada y las paredes anteriores estaban cubiertas por montones y pirámides de botas, zapatos, botines, etc.

Bob advirtió que entre aquellos miles de pares habia unos de su medida y adornado de buenos clavos para el hielo. Como el mirar no cuesta nada, los separó del monton para examinarlos mejor, y si todos los aficionados hacian otro tanto ¿qué mal habia en que él tambien lo hiciera?

Pero de pronto se arrojó sobre Bob el hijo del zapatero que se hallaba hundido en una especie de nicho con cristales, que era una prolongacion de la tienda, y arrancándole los zapatos de las manos, gritó: « ¡Ya te cogí, ladronzuelo! »

— ¿Qué decis? dijo Bob.

— ¿Quieres negar que intentabas robarlos?

— ¡Robar... yo! ¡Mirad lo que habláis! respondió Bob que era muy quisquilloso en punto de honor.

El jóven zapatero llamó á su padre, el cual se convenció con las protestas de inocencia de Bob. « Puede ser que tenga dinero para comprarlos, dijo el maestro. Cinco *shillings*, precio fijo; tomarlos ó dejarlos. ¿Os gustan los zapatos?

— Sí, buen señor, sí, me gustan, y si quisierais dividir el precio y consentir en cobrar seis peniques cada semana....

— Corriente, dijo el zapatero, tambien los vendo á plazos; dadme el primero sobre la marcha, y pondré aparte los zapatos. »

— ¿Y no podré llevármelos en seguida? añadió Bob con el acento mas cariñoso. ¡Cuánto os lo agradecería!

— No hacemos esa clase de negocios. Pero, Tom, date prisa; han dado las once, y ya sabes que milord Clavering espera las botas de charol, y no gusta que le hagan esperar.

— Demasiado nos hace esperar él, replicó el jóven del zapatero gruñendo como un perro dogo: aun no sabemos de qué color son sus guineas.

— ¡Habla con mas respeto de un lord, hijo mio!

— Yo no os haré esperar, le interrumpió Bob; cada ocho días tendréis el dinero.

— Muy bien, sed exacto, y á las seis semanas os daré los zapatos.

— Entonces habrá vuelto ya la primavera, — murmuró el pobre muchacho y se alejó tristemente. Aun no habia dado cien pasos cuando una idea luminosa le hizo volver á la carga. Tal vez me negais los zapatos, le dijo, porque no me conocéis, pero me llamo Bob Racket, y estoy empleado en casa del señor procurador Stoncheart.

— Si el señor Stoncheart responde por vos, os entregaré los zapatos.

— Muy bien, voy á pedirselo. Ponedlos aparte.

El estudio del señor Stoncheart estaba situado en un callejon sin salida, y se componia de dos salas de entresuelo de una de las casas mas viejas de Londres. La primera, donde estaban los pasantes, conducia al ancho gabinete donde se sentaba el anciano procurador bajo cortinajes de telas de araña y rodeado de montones de cartapacios y de in-fólios de jurisprudencia. Hacia una cuarta parte de siglo que no se habian limpiado los cristales; las paredes, que habian sido blanqueadas algun día, estaban ennegrecidas mas por el tiempo que por el humo, porque Stoncheart para dar buen ejemplo á los pasantes, no tenia fuego ni aun en invierno. Este año, empero, habia sido preciso hacer una excepcion á la regla general.

— Señor, dijo Bob con su gorra en la mano y con la cabeza inclinada ante el arbitrio de su suerte; ¿quereis responder por mí?

— ¿Responder por vos?

— Sí, señor, en casa del zapatero: es tan riguroso este año el frío, que me es imposible ir descalzo.

— ¡Descalzo! exclamó el procurador calándose los anteojos; ¡pobre muchacho! ¡Hacéis mis encargos con pies descalzos! ¿Qué pensarán mis clientes? Me tomarán por un hombre cruel y desapiadado. ¡Ola! ¡Sparrow! ¡ola!

El primer pasante Sparrow entró en el gabinete.

— ¡Sin zapatos! añadió el procurador, teniendo una madre á quien todas las leyes divinas y humanas obligan á alimentarle, vestirle y calzarle! ¿Y tiene entrñas esa mujer?

— Mi madre es buena, respondió Bob, pero no tiene dinero. Todos los de la familia vamos descalzos esperando la vuelta de mi tío Taddy el ballenero.

— Sparrow, entregadle al momento tres peniques á Bob Racket; no ha acabado su jornal, pero tenia intencion de hacerlo, y quiero que no se queje de mí. ¡Dadle los tres peniques!

La primavera está muy lejos y el frío aumenta. ¡Dios tenga compasion del pobre y le envíe un consuelo en el invierno.

« ¡Bendita seas, señora! ¡baje sobre vos y vuestra casa la paz con alas de paloma! ¡El frío glacial que reina nos ha impedido abrir la ventana de vuestro abrigado aposento, para llamar á un niño mendigo que

pasaba con los pies desnudos y darle un par de zapatos nuevos que habias mandado hacer para uno de vuestros hijos, que tiene ya tantos pares!

» ¡La bendicion de Dios descienda sobre vuestras canas, ministro del Señor, que al encontrar en la calle una pobre niña con los pies desnudos, habeis entrado en la tienda de un zapatero para comprarle un par de zapatos, sin mencionar la moneda que le habeis puesto en las manos, y que salvará tal vez su inocencia dándole pan!

» ¡Ah! sí... ¡aun existen buenas almas en el mundo!.... »

— Existen... pero no las hallaba el pobre Bob Racket.

Los ingresos de la pobre familia se veian reducidos á tres peniques de ménos diarios; el hambre venia en pos de la escasez, y si hubieran enfermado las patatas aquel año, los seis pobres angelitos, guiados por Bob Racket, hubiesen subido con los pies descalzos por la escala que vió Jacob en sueños y que conduce de la tierra al cielo; pero gracias á Dios, las patatas eran buenas, no escaseaban en el mercado, y agrupaba la familia en torno de un mezuquino fuego, escuchaba con delicia el sordo rumor que hacia al hervir la olla. Aunque el hambre no tiene espera, Bob y sus hermanitos tenian tanta impaciencia por saber si estaban á punto las patatas como por oír la centésima vez al ménos la relacion de su tío Taddy, hermano de su madre, que habia partido quince años ántes á bordo de un barco ballenero.

— ¡Pero si lo habeis oido tantas veces! decia la pobre madre.

— ¡No importa! respondia la pequeña Betty; cuanto mas lo oigo, mas deseos me quedan de oirlo.

— Y yo tambien, añadia Bob.

— Sí, sí; ¡contadlo, madre! exclamaban á un tiempo Carlos y Tom.

La tierna María no decia nada por la sencilla razon de que no tenia bastante edad para hablar.

— Contadnos la historia, y enseñadnos la brújula, repetian los cinco niños.

— Cuando partió vuestro tío Taddy, dijo la buena mujer sacando la brújula de un armario viejo, entregó esto á mi marido y le dijo: Roberto, he aquí lo que te indicará el sitio en donde me halle. Cuando penseis en mí, volveos hácia el lado donde se dirige la aguja imantada, es decir, hácia el polo, pues allí, en las costas de la Garoedlandia, es á donde vamos á pescar la ballena.

— La aguja nos indica, pues, dónde está ahora mismo, dijo Bob: ¡con tal que no haga tanto frío como aquí!

— Hace mucho mas frío, hijos míos, un marino que ha vuelto de la pesca me ha dicho que allí no se veian mas que montes de hielo, que el mar está helado y que grandes osos blancos sobre témpanos flotantes iban á acometer á los barcos. Un día se hallaba el tío Taddy solo en la orilla de la isla con un señor muy rico de Dinamarca, y fueron atacados por una bandada de animales tan sangrientos, que fué preciso que desplegasen los pobres todas sus fuerzas para libertar á hachazos la barca; y el rico señor le ha protegido tanto desde entonces, que tambien mi buen hermano es bastante rico.

— ¿Porqué no viene á socorrernos, madre mia? dijo Bob.

— Ignora sin duda que soy viuda. Cuando él partió, vuestro padre vivia, y era un buen artesano que no tenia necesidad de ayuda.

— ¿Y si lo hubiesen comido los osos blancos? dijo la pequeña Betty.

— Tal vez una ballena se lo haya tragado, añadió Tom.

— Volverá, dijo Bob, volverá y nos comprará zapatos á todos. Pero me parece que ya deben estar cocidas las patatas.

Los sabañones quitaban muchas veces el sueño á Bob, pero aquella noche no hizo mas que soñar con osos blancos y ballenas, montes de hielo y témpanos flotantes. Veia á su tío Taddy y al señor extranjero en la barca atacada por los osos, después sentia que le perseguian á él y se lo tragaba una ballena. El susto le despertó temblando. Cuando volvió á dormirse, se cambió la escena; entraba en el puerto de Londres un hermoso barco, y veia sobre el puente á su tío cubierto con una magnífica piel de oso blanco; su tío Taddy desembarcaba al momento, y después de haber abrazado á su sobrino, sacaba del bolsillo un par de zapatos que él mismo le ponía. Los trasportes de alegría de Bob le despertaron por segunda vez, y fué muy amargo su desengaño cuando vió que estaba tan descalzo como ántes.

— ¿Qué importa? pensó cuando se hizo de día; dicen que se debe creer en los sueños. Voy á ir al puerto, y veré si ha llegado algun barco ballenero.

Bob Racket se dirigió á la orilla del Támesis, donde se paró para ver patinar en el río que estaba helado de parte á parte; y ya el rigor del frío le obligaba á andar, cuando sintió sobre su espalda una mano pesada.

— ¡Ah, por fin os hallé! exclamó el pasante Sparrow. ¡Cuánto rato os he buscado, señor Bob! ¿Acaso os ocultabais?

— ¡Ocultarme! respondió Bob con espanto, ¡ocultarme! ¿Porqué?

Su escrupulosa conciencia se encargó de responder por él, pues se acordó de haberse llevado del estudio un día una pluma y una hoja de papel blanco para probar si podia aprender á escribir por sí solo.

— Era una pluma vieja, señor Sparrow; os lo aseguro, ¡y el papel estaba ya todo manchado de tinta!

— ¿Quién os habla de papel, de pluma ni de tinta, señor Bob? Muy al contrario... ¡Aun no teneis zapatos! ¿Habeis almorzado al menos? ¿Admitiréis una costilla y un vaso de porter?

— Gracias, dijo Bob, que creía ser por centésima vez objeto de las bromas del estudio; gracias, hasta otro rato, señor Sparrow.

— ¿Cómo hasta otro rato? Ya no me separo de vos, hijo mio. Tengo órden lo mismo que los demás pasantes, de llevaros al estudio.

— ¡A mí! dijo Bob, ¿qué he hecho para qué...

— No temais y seguidme; todos os queremos mucho. Bob le siguió silenciosamente.

— ¡Aquí está! exclamó Sparrow cuando entraron en el estudio. Soy el buen pastor que vuelve al redil la oveja fugitiva.

— Nos habeis hecho un gran servicio, Sparrow, dijo el anciano procurador calándose los anteojos. ¡Pobre muchacho... aun no tiene zapatos! corred en seguida á comprarle un par; tened cuidado de que la piel sea blanda y suave y que no le hagan mal en los dedos. Tal vez preferirá un par de botas; pero mejor será que vaya con vos el señor Bob, para que se las elija á su gusto. Entrad tambien en la taberna y haced que coma una tajada de *roastbeef* y un *plumpudding*. Toma esta corona; con la mitad habrá bastante, porque ya os habeis desayunado, Sparrow.

— Perdonad, señor, estoy aun en ayunas.

— En ese caso almorzad con él, y gastad toda la corona.

Bob iba de encanto en encanto; luego que cubrió sus piés con los anhelados zapatos, Sparrow le condujo á la taberna, donde los dos hicieron honor al *roastbeef*; pero segun el consejo de Sparrow, Bob guardó un buen rincón en el estómago para el *plumpudding*. — ¿Qué hay de nuevo, señor Sparrow?

— Adivinado.

— ¡Ah, Dios mio! ya lo sé. Los sueños dicen la verdad; he soñado esta noche que mi tío Taddy desembarcaba en el puerto, y mi tío Taddy ha vuelto. ¿Es verdad? ¡Cuánta dicha!

— Vuestro tío Taddy ha muerto, respondió Sparrow, pero le habeis heredado, y sois muy rico.

Al oír esta inesperada noticia, Bob empezó á llorar amargamente. El *plumpudding* y el dolor ahogaron su voz.

— ¡Dios mio! ¡mi tío Taddy muerto! ¡él que era tan bueno conmigo esta noche en mi sueño! ¡Qué desgracia!

— Pocos herederos he visto como este, murmuró Sparrow acabando de vaciar una botella de Oporto que habia pedido. Le bajan del cielo diez mil libras esterlinas, ¡y llama á esto una desgracia!

— ¡Cuánto llorará mi madre cuando lo sepa!

¡Alma generosa! ¡Dios no abandona jamás á los que como tú esperan y confían en su misericordia!

La muralla de Trajano.

El nombre de Trajano se cita con frecuencia actualmente con motivo de las construcciones hechas bajo su reinado en los países bañados por el Danubio inferior. He aquí algunos detalles acerca de este nombre y estos trabajos:

El emperador Trajano á quien se dió el sobrenombre de Optimus, es el primer extranjero que ocupó la silla del imperio en Roma. Español, nació en Itálica, cerca de Sevilla, el 18 de setiembre del año 52 de nuestra era, y murió en Selinunta, despues Trajanópolis en Cilicia, el 11 de agosto de 117. El año 98, treinta años despues de la muerte de Neron, subió al trono imperial, y durante 19 años hizo la felicidad de sus pueblos. Su nombre se ha immortalizado por la bondad de su alma, la moderacion de su política, y los favores que dispensó á las letras y á las artes. Como todo espíritu superior profesó mucha afición á las obras intelectuales; la literatura y las bellas artes eran compañeras de su gloria, y aunque hubiera hecho las conquistas de Alejandro y de César, no hubiera desdeñado el elogio de sus virtudes hecho por los escritores y los artistas. La fama es una de las mas puras que nos hayan legado los siglos. Al pasar por delante de las obras ejecutadas por órden de César, los filósofos y los poetas sondean la nada del poder romano que han sumergido en la corrupcion y la baja los reinados de un Arcadio y un Honorio. El aspecto de las construcciones ejecutadas por órden de Trajano despiertan en la mente muy diferentes ideas; al momento se piensa en el saludable influjo que el recuerdo de las virtudes de este emperador ha debido ejercer en los jefes de las naciones. Los Médicos parecen inspirados por su genio, y el lugar que ocupan en la historia del renacimiento los recompensa por los nobles esfuerzos que hicieron para imitarlo.

Las márgenes del Danubio están llenas de trabajos ruinosos atribuidos á este buen soberano, así como en Borgoña, en el Franco Condado y otras partes de Francia se atribuyen las fortificaciones antiguas á César. Pero la historia no sanciona estas ilusiones populares, y las construcciones de un puente que lleva aun su nombre, de la ciudad de Orikhova (Trajanópolis) y de la muralla llamada de Trajano en Bulgaria, son ciertamente las mas notables de su tiempo en estas fértiles comarcas.

La muralla de Trajano ha sido construida por este emperador hacia 108, hace unos 1746 años. Ella constitua la parte principal de un atrincheramiento desti-

nado á servir de base á las operaciones de los romanos contra los bárbaros, y de límites al imperio.

Por medio de algunas composiciones, esta antigua construccion puede servir hoy, y si los ingenieros aplican á ella todo su arte, no hay duda que puede prestar nuevos servicios la secular muralla.

Debe observarse que en aquellos tiempos en que la pólvora no era conocida, estas construcciones militares tenian mucha importancia en el conjunto de medidas que se tomaban para la defensa de los Estados. Por esta causa se levantaron dos murallas en Inglaterra; la de Adriano, de una longitud de 125 kilómetros, flanqueada por 23 fuertes, y 81 torres y bastiones desde su desembocadura del Tine hasta el golfo de Solway, y la de Severo, á 130 kilómetros de la precedente en la parte septentrional.

Todos los pueblos que han sido bastante ricos para hacer este gasto, han levantado estas murallas cuando se han visto amenazados de invasiones. No debemos emitir la célebre muralla de la China, construida para resistir á los tártaros. Su longitud es de 2400 kilómetros; su altura de 8 metros, pudiendo seis caballos marchar de frente sobre ella. Su existencia data de veinte siglos.

Atmósfera marítima.

De una revista especial extractamos lo siguiente acerca de la atmósfera marítima:

«Los elementos esenciales del aire marítimo son iguales á los del aire terrestre; pero sufren ciertas modificaciones que conviene examinar por el influjo que ejercen sobre la salud de los marinos, á fin de buscar los medios de evitar ó de paliar sus efectos.

«Salvo la humedad, la atmósfera marítima presenta el tipo de la pureza; aquí no hay las emanaciones heterogéneas mas ó menos insolubles que se levantan del suelo y producen las aglomeraciones de las gentes. Pretender que el aire marítimo contiene moléculas salinas es no conocer los elementos de la física, que enseñan que la evaporacion separa el agua de los principios fijos que se hallan disueltos en ella. Todo lo mas que se podría admitir es que ciertos elementos volátiles bituminosos ó de otra especie, que se alzan del mar, se encuentran allí mezclados, como opina Gilchrist, que atribuye al aire del mar cualidades balsámicas, y Valther, que los supone por el contrario dotado con malélicas. Pero el análisis y la observacion no demuestran tal cosa; y sin citar á Plinio, que supo procurarse agua potable guarneciendo el exterior de sus vasijas con pieles de carnero que se impregnaban con los vapores del mar, nos podemos referir á Bacon, Rouppe, Poissonnier, Kerandren y otros, que concuerdan en la preeminencia del aire del mar sobre el de la tierra bajo el aspecto de la pureza. Esta ventaja es negativa, por decirlo así, porque no consiste mas que en la ausencia de los principios heterogéneos, de que hemos hablado.

«Pero hay una circunstancia que ha podido influir en el juicio de los observadores, y es la del polvo salino que aparece á veces en la superficie de la piel, juntamente con este mismo sabor que recibe la lengua al pasar por los labios, despues de haberse paseado largo rato sobre el puente bajo las velas de un buque que navega con buena brisa; pero estos fenómenos son el resultado del polvo húmedo que levantado por los surcos y el viento, se vaporiza insensiblemente y deposita en la superficie de los cuerpos cristales de sal marina.

«El aire del mar, aunque esencialmente húmedo, no lo es tanto como se puede suponer, segun los cálculos que se han hecho acerca de la enorme cantidad de vapores acuosos que se levantan del mar, y cuya idea se forma fácilmente pensando que estos vapores son la causa principal de las nubes y las corrientes de agua que surcan el globo. Sabido es que los vientos del mar son siempre húmedos y presagian á menudo la lluvia. Sin embargo, muchas localidades terrestres gozan de aire mas húmedo que el marítimo; á saber, las que se hallan rodeadas de montañas ó bosques, que forman un muro á las nubes, al paso que en alta mar la brisa dispersa y distribuye igualmente los vapores cuya disolucion favorece. Si para apreciar la humedad real de la atmósfera marítima se acude al hygrometro, se puede caer en error, porque este instrumento solo acusa la humedad suspendida, y no la que está disuelta y combinada con el aire. Todos los navegantes han observado que las costas están por lo comun cubiertas de nieblas, apreciables sobre todo por la mañana y por la tarde; y con razon se mira esta circunstancia como una de las causas de la insalubridad de las navegaciones litorales. Ahora bien, nosotros atribuimos este fenómeno al contacto de las dos atmósferas terrestre y marítima, las cuales comportan una temperatura diferente, condensando la mas fria los vapores de la otra. En suma, la humedad del aire marítimo no está tan desenvuelta que pueda influir tanto como se supone en las enfermedades de los marinos; pero importa, bajo este aspecto, distinguirla de la que es inherente al buque.

«Se ha observado que el calor y el frio son en general menos intensos en el mar que en tierra, lo que se puede explicar por la mayor densidad de la atmósfera marítima y por la ausencia de los accidentes del terreno que concentran y aceleran el curso de los vientos frios, al paso que multiplican las reverberaciones del sol. Aquí los rayos del astro son absorbidos en gran parte; además el giro continuo de las moléculas refresca la superficie del mar, á la que la abundancia de la

evaporacion roba además algun calórico; añádase á esto el movimiento del buque, la reflexion de los vientos sobre la superficie de las velas, reflexion, cuya intensidad se puede apreciar bajo las relingas, y se concebirá porque el calor no es muy intenso ni en alta mar ni bajo el velamen; observaciones repetidas han demostrado que no excedia de 30 grados centígrados, al paso que anclados, el sol de los trópicos es á menudo insostenible. La diferencia de temperatura entre el dia y la noche es tambien menos marcada en el mar que en las costas, lo cual no es una de las menores causas de la salubridad del aire marítimo. Su peso en densidad es considerado como tipo, estando la altura media del barómetro basada sobre el nivel del mar.

«Este aire, es sin contradiccion el mas favorecido bajo el aspecto de la luz. Una palabra debemos decir acerca de una ilusion óptica conocida bajo el nombre de vislumbre, ó reverbero, (*mirage en francés*). El fenómeno atribuido á la refraccion se observa en circunstancias que no se hallan bien determinadas, pero sobre todo en las calmas, por la mañana y la tarde en buen tiempo. En estos casos los objetos situados á los extremos del horizonte parecen mas elevados, mas voluminosos que lo que comporta la distancia, de suerte que se percibe, por ejemplo, el casco de un buque, del cual en tiempo ordinario solo se descubrirían los palos menores. Los marinos de vista práctica saben tener en cuenta los efectos de esta ilusion para apreciar exactamente las distancias.

«Respecto de la electricidad de la atmósfera marítima, se la debe suponer muy desarrollada, á juzgar por la frecuencia y la intensidad de las tempestades en ciertas regiones, particularmente en los trópicos. Las borrascas del hemisferio del Sud, del cabo de Hornos y del cabo de Buena-Esperanza son de una violencia difícil de concebir sin haberlas presenciado.»

La luminara.

La catedral de Pisa, su campanario, su bautisterio bastan por lo comun para satisfacer la curiosidad del viajero; apénas les ha echado una ojeada, parte en direccion de Liorna ó de Florencia, como si temiera ser enterrado como la república pisana en el campo santo, última obra capital que ejecutó en el siglo doce, como si, presintiendo su ruina, hubiera querido prepararse un santo y espléndido sepulcro! Sin embargo, otros objetos interesantes se ofrecen al curioso, especialmente si coincide su presencia en Pisa con la época de la *luminara*. Entónces se ve toda la poblacion, naturalmente sosegada y tranquila, agitarse como si fuera un enjambre de abejas. Toda la ciudad se engalana para celebrar la fiesta de su hijo pródigo, *san Ranieri*, quien, despues de una vida mundana y disipada, se entregó á la austeridad que lo condujo hasta la beatificacion. «¡Qué fortuna la de Vd. asistiendo á nuestra luminara, *questa meraviglia!*» dicen los pisanos á los forasteros, seis meses antes de la época deseada. «¡No se puede ver en ninguna parte cosa igual, ni aun en Paris!»

Sin duda, Pisa teme la rivalidad de esta ciudad. Razon tiene, porque Paris sorprende y hechiza con la variedad de sus formas, mientras que Pisa se adorna siempre con los mismos atavíos, y lo que vemos hoy es la reproduccion de ayer, que será la repetición de mañana. La capital de Francia, coqueta por excelencia, se viste de gala todos los dias, al paso que la constante ciudad gibelina (1) no se digna embellecerse mas que para festejar á su predilecto *san Ranieri*.

Nosotros debemos dar noticia de los méritos de aquel cuyo recuerdo guardan los pisanos setecientos años hace.

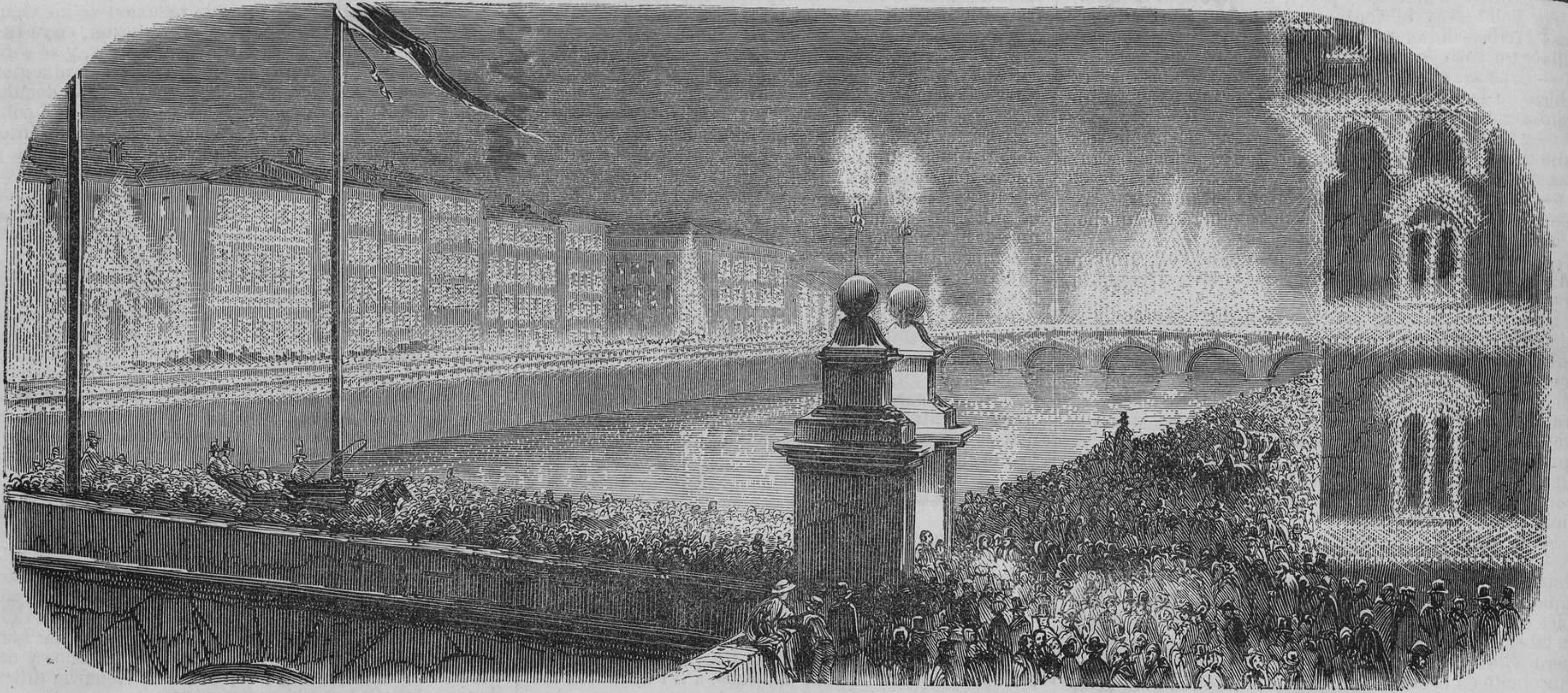
Ranieri nació en Pisa á principios del siglo XII, cuando esta ciudad era una república. De familia noble, su vida fué licenciosa hasta la edad de diez y nueve años. En esta época, estando un dia en casa de una de sus primas, donde cantaba *con amore* (dice un antiguo escritor), acompañándose con la viola, fué interrumpido por esta dama, la cual, señalándole con el dedo á un venerable ermitaño que pasaba por la calle, le dijo: «Mejor harías en imitar á ese ángel que en disipar el tiempo en vanidades mundanas.» Ranieri, súbitamente iluminado por este consejo, que le pareció bajado del cielo, corre en pos del ermitaño (2), se convierte, adopta su vida austera, y se embarca para Palestina, poco tiempo despues de la malograda cruzada de Luis el Joven.

Despues de una corta residencia en Tierra Santa, donde hizo muchos milagros, volvió á su patria: allí vivió todavía siete años, es decir, hasta los treinta y tres de edad, y fué enterrado en la iglesia de San Vito, desde donde fué trasladado despues á la catedral. Sus reliquias están encerradas en una urna de mármol negro, que se descubre anualmente el 17 de junio.

Voy á referir un curioso episodio del viaje de Ranieri, en que el santo convirtió milagrosamente un suceso que pudo ser trágico en verdadera chanza. Ranieri volvía á Pisa en una galera que traía á bordo á un embajador de Saladino. Tropezaron en alta mar con otras dos galeras pisanas, que tomaron por de pronto por corsarios berberiscos. Habiéndose por fin reconocido como compatriotas, se felicitaron de tan agradable encuentro, y los últimos, que se dirigían á Constantino-

(1) Nuestros lectores conocen los dos famosos bandidos de Güelfos y Gibelinos (papistas é imperialistas), que tuvieron dividida la Italia y que la desolaron en la Edad Media. Pisa fué gibelina.

(2) Llamábase este Alberto Corso. Murió en 1154 en el monasterio de Valle-Chiara, cerca de Pisa.



Fiesta de la luminara en Pisa. — La iluminacion tomada del ponte di Mezzo.

pla, se empeñan, primero por instancias, y despues por fuerza, en obligar al embajador y su acompañamiento á que se vuelva con ellos. Este se resistió, y al venir á las manos, Ranieri, paralizando los esfuerzos de los agresores, manda á sus remeros que se alejen, y deja muy desazonados á los de las dos galeras, que no podian ni avanzar ni retroceder.

La ciudad de Pisa honra la memoria de este santo varon con una fiesta que se reproduce cada tres años. Consiste esta en una iluminacion que no tiene otra parecida en el mundo, porque su efecto es principalmente producido por la forma de la ciudad y su posicion sobre el Arno.

Desde el 1° de mayo se preparan los andamios que han de soportar millares de vasos. Postes de 60 á 80 piés de elevacion se fijan en el suelo y sirven de apoyo á monumentos de todas clases, cuyo dibujo es por lo general copiado de la arquitectura gótica. Todas las fachadas de los palacios y de las iglesias se trasforman por medio de estas armazones ligeras que representan ya fantásticos arabescos, ya torres feudales almenadas,

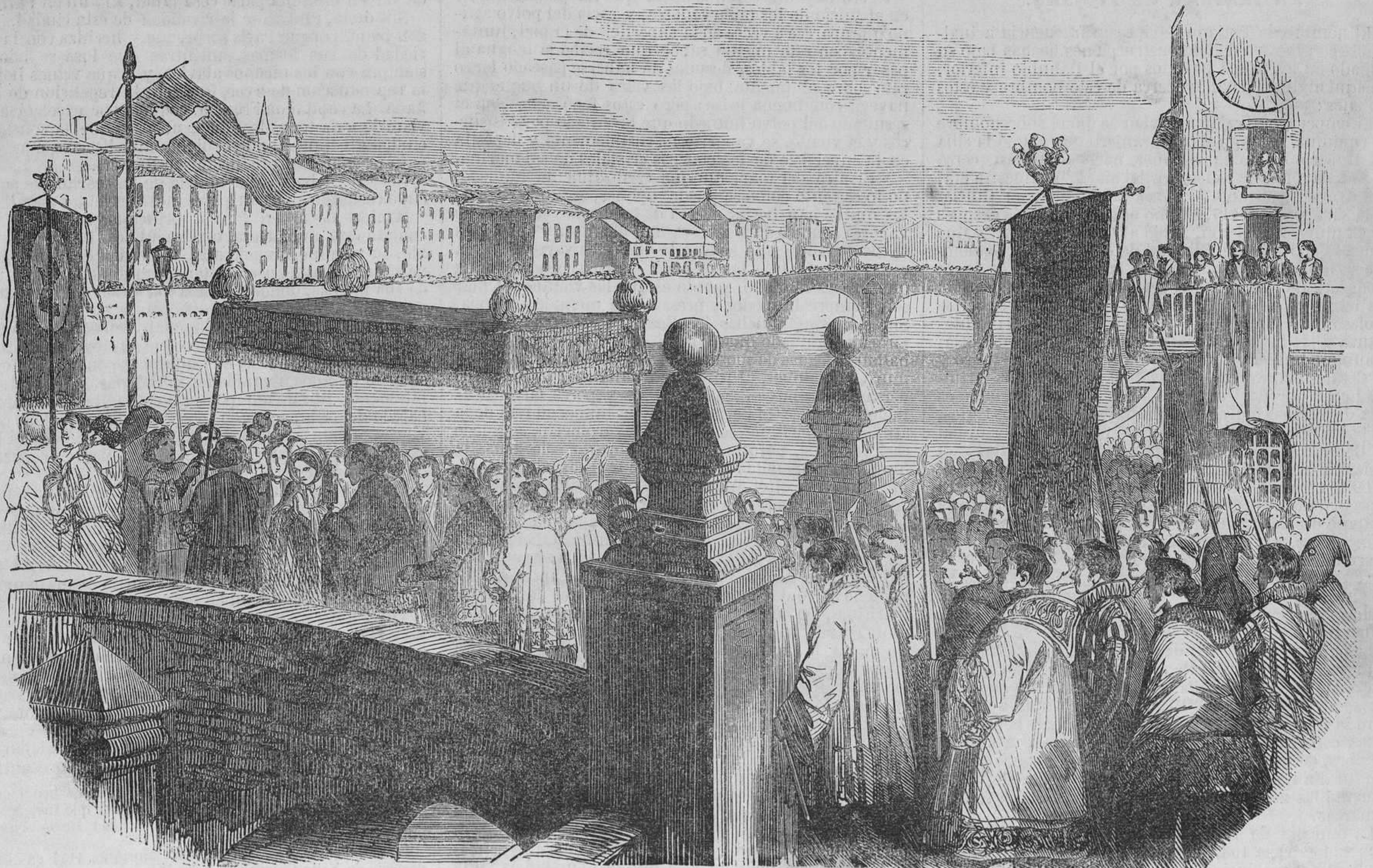
ó bien monumentos asirios, balastradas góticas, construcciones históricas que recuerdan hechos memorables con sus contornos luminosos. Solo la catedral y su campanario se ven excentos de este disfraz monumental, contentándose con cubrir de luces esta magnífica fábrica bizantina, que ejecutó en 1063 su constructor Buschetto.

El grabado ofrece una idea imperfecta de este efecto verdaderamente espléndido, que exigiria la reproduccion especial de todas las fachadas una á una. La luz es blanca y pura, producida por el aceite de oliva, que no tiene el inconveniente de asfixiar como el gas con su pestilente olor. Algunos magnates, para no dejar que se pierda el título de *opulenta ciudad* que le habian conferido nuestros antepasados, hacen iluminar el exterior de sus palacios de mármol con miles de velas de cera. No hay propietario ni pobre artesano que no quiera quemar algo en honor de san Ranieri, pero la ignoble cazoleta de sebo se halla desterrada de la brillante iluminacion que parece de lójos un inmenso incendio. Fácil es concebir el exorbitante gasto que debieron ocasionar á los propietarios la construccion de estos andamios, si hubieran de renovarse en cada trienio; por esta causa se incluyen en la venta de las casas todas las piezas que han de servir para la luminaria.

Poco faltó para que disfrutara Pisa del espectáculo, para ella desconocido, de la luz eléctrica. El sabio profesor Matteucci habia puesto á disposicion de la ciudad todas las máquinas que componen el magnífico gabinete de física que él ha organizado; pero fuera porque se temiese que esta reciénvenida perjudicara la reputacion secular de la *luminara*, sea por alguna razon económica, lo cierto es que solo se hizo alguna experiencia, que tuvo buen éxito, desde lo alto de la torre, ántes de comenzar la fiesta.

Para resumir lo que hemos dicho de esta solemnidad excepcional, citarémos un dicho toscano que afirma ser tal el esplendor de la luminaria, que si el santo, en cuyo honor se hace, saliera del paraíso para venir á contemplarla, no se apercibiria de que habia cambiado de morada.

F. C.



Procesion del Córpus en el ponte di Mezzo.

Acapulco, en Méjico.

El puerto de Acapulco pasa por uno de los mejores de la costa occidental de América y uno de los mas seguros del mundo. Lo que yo puedo decir es que realmente es uno de los mas hermosos. Yo he tenido el gusto de verle despues de haber visitado Rio-Janeiro y San Francisco, y no me ha parecido inferior á su reputacion. Su entrada es sin embargo algo difícil, porque ninguna señal de construcciones humanas llama la atencion del navegante hácia aquella costa, lo que es muy comun en todas las poblaciones de origen español levantadas sobre el litoral. Desde la punta de Tequepa, las altas montañas encadenándose sucesivamente al volcán de Colima, se extienden á lo largo de la costa sin presentar formas bastante determinadas para distinguir la entrada del puerto. Es preciso aproximarse á la tierra para ver el islote de Grifon y la punta del Diamante que son las puertas de la rada.

Nada hay mas bello que esta bahía redonda y bien encajonada entre las montañas de una enorme elevacion, sobre las cuales la naturaleza tropical siembra con profusion sus galas vegetales. Tan pronto como se pasa

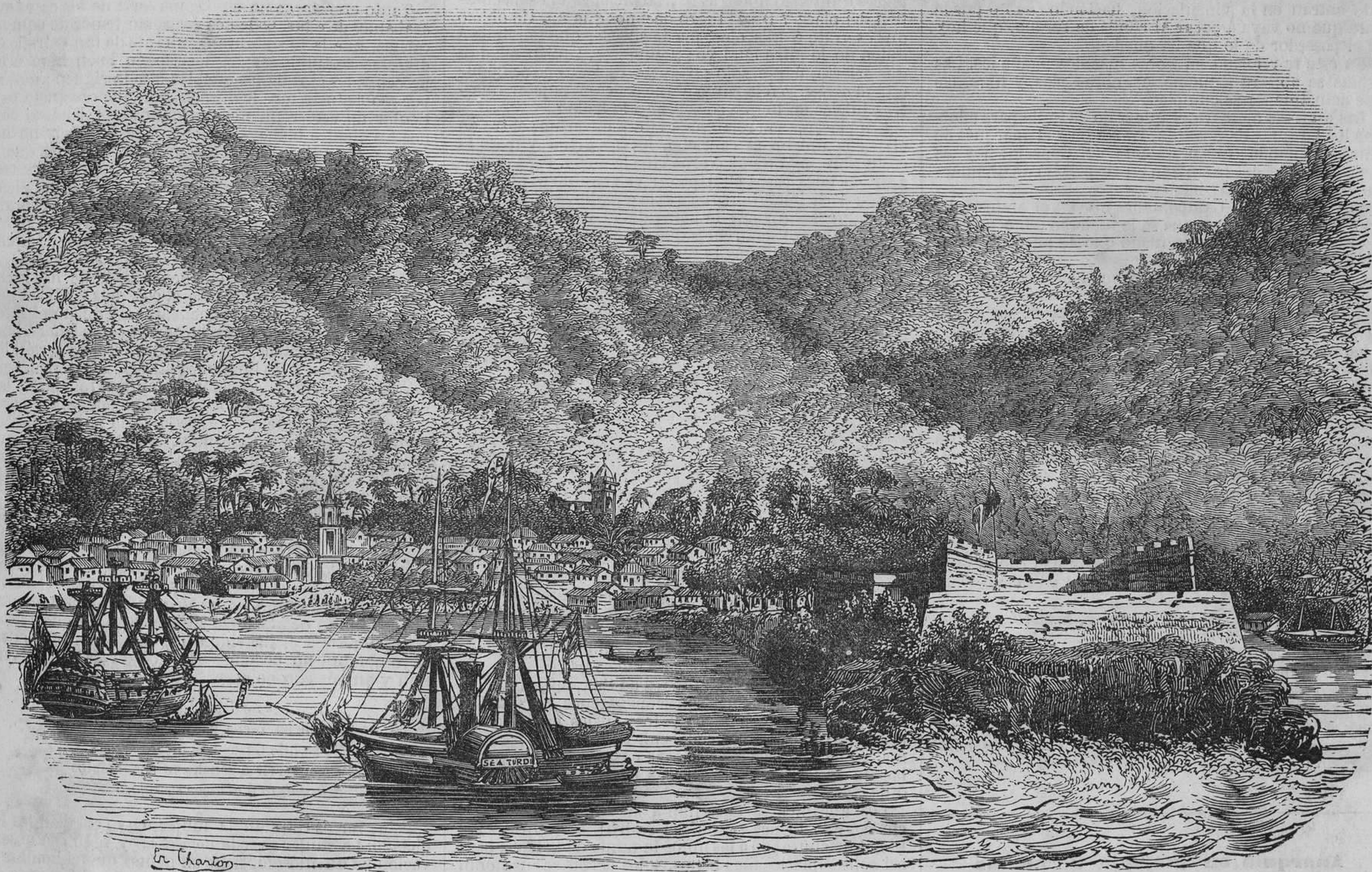
la punta del Diamante, se percibe la roca de San Lorenzo, dejando á la derecha el precioso aunque solitario puerto de San Martin. Despues se divisa el riachuelo escondido bajo los verdes y gigantes árboles, así como la batería oculta al pié de la ciudadela de San Diego. Esta no se descubre hasta que se ha doblado la punta Grifon, que á pesar de su naturaleza roqueña ostenta una vegetacion constante. La ciudadela forma sobre la bahía una punta que se une á la ciudad por una especie de paseo cubierto de grandes árboles tras de los cuales se oculta la parte mas considerable de Acapulco. Vista la bahía, la ciudad se muestra bajo una modesta apariencia, perdiéndose en un espeso bosque muy rico en cocoteros. A su izquierda se abre como un asa sobre cuyos bordes se hallan depositadas las inmensas provisiones de carbon de piedra destinadas á los *steamers* del Océano Pacifico.

Acapulco fué algun dia una de las ciudades mas importantes de Méjico, y de su puerto partian inmensas remesas de oro para Europa. Yo tuve el gusto de llegar á dicha ciudad el 12 de julio de 1851 sobre el buque americano *Roé*, la mas execrable embarcacion en que yo he puesto los piés, y despues de llenarse las formalida-

des preliminares, me hice conducir á tierra en una piragua, barca que no conocia aun sino por las descripciones exactas que habia leído. Desembarqué, pues, sobre el mercado, próximo á la bahía, bajo los grandes árboles que adornan la plaza por el lado del mar. Vendíanse allí toda clase de frutas, tabaco, pesca y carne, llamándose la atencion el que esta última se vendiese por varas, pues las reses muertas son reducidas inmediatamente á tiras que se ponen á secar al sol para darlas la consistencia de la cecina. La moneda de cobre no es allí conocida, de modo que para facilitar las compras se hacen los cambios pequeños en objetos equivalentes.

La plaza es grande y espaciosa, elevándose al costado opuesto de la bahía, y se une por una escalera de piedra á la calle que pasa por detrás de la iglesia. Esta es pequeña y está en frente de la escuela cristiana que, sin que yo sepa porque, se halla cubierta de máximas de moral escritas en lengua francesa.

Desde la rada se ve una torre que se levanta sobre un monton de rocas: es lo que queda de un convento destruido y entre cuyas ruinas está como enterrada: sin embargo por su posicion contribuye á dar á la ciudad un aspecto pintoresco.



Puerto de Acapulco (Méjico).

La mayor parte de las casas situadas en la plaza, así como en sus alrededores y al principio de la calle de Méjico son de piedra y adobe: otras hay de madera á imitacion de las de los Estados-Unidos. Pero en los otros puntos de la ciudad las casas son en general pequeñas. Estas están construidas por lo regular sobre ruinas que atestiguan todavía la extension y prosperidad de este pueblo en otros tiempos.

Una cosa me chocó desde mi llegada, y fué la maravillosa hermosura de las mujeres; y esta belleza es tanto mas real cuanto que los trajes son allí sumamente sencillos. Estos se parecen en los dias de fiesta á los que se usan en algunos puntos de España, sin faltar la mantilla con que las damas parecen complacerse en ocultar sus lindas facciones.

El traje de los hombres es mas complicado; pero no creo necesario detenerme á hacer su descripcion.

Yo fui á visitar la ciudadela en compañía de dos extranjeros que habian hecho el viaje conmigo. Sorprendíame la facilidad con que nos dejaban entrar, cuando un veterano se nos acercó dirigiéndonos la palabra en francés, lengua que hablaba casi tan bien como la española. Este era el comandante de la ciudadela, el cual tuvo la galantería de dejarnos pasar, lo que no era permitido á todos los curiosos. Despues tuve el placer de ver á este caballero varias veces en la fonda donde estábamos hospedados y á la cual solia ir á comer. La

ciudadela, débil por la parte de tierra, es formidable por el lado de la rada: está en frente del puerto, el cual es tan estrecho, que apenas podrian entrar en él dos navíos á la vez. Está además apoyada por una batería que se extiende sobre el flanco izquierdo, y si se colocase otra sobre la punta Grifon, el fuerte de Acapulco seria inexpugnable.

El sol produce un calor sofocante en esta ciudad; al ménos puedo decir que me ha causado ménos impresion en Nicaragua y bajo la línea que en Acapulco. La poblacion está, como llevo manifestado, encajonada entre altas montañas que no dejan entrar un soplo de viento. Bajo la dominacion española se habia empezado á abrir un portillo para abrir paso al aire por la parte N. O., que es de donde sopla por lo comun. Esta obra tenia el nombre de la *quebrada*, y desgraciadamente no ha llegado á terminarse. Reposa sobre grutas de una profundidad desconocida, en las cuales el mar se precipita en las horas de la marea, con un ruido espantoso. Se ha establecido sobre la montaña vecina un telégrafo que señala los navíos á la vista, y en ella se coloca durante la noche un fanal indicador para mantenerlos á distancia regular hasta la llegada del dia.

Encuétrase sobre el camino del telégrafo, el lugar de un antiguo fuerte que podia destruir la ciudad y la rada, y una fuente muy frecuentada, cerca de la cual observé un árbol inmenso formado de la reunion de

diez ó doce troncos diferentes que al salir de la tierra habian aprisionado en el centro una roca bastante considerable. Por lo demás, la naturaleza en Méjico sorprende á cada paso por sus caprichos y maravillas.

El señor José Gonzalez.

Era natural de Arnedo. Desde el año 1630 ya empezó á parecer con distincion en la larga carrera de la magistratura, en los negocios políticos, en comisiones del gobierno, en causas reservadas, en intrigas ocultas de corte y de palacio; alcalde de corte, consultor y comisionado para ir con D. Luis de Haró, primer ministro, á ajustar la paz de los Pirineos con el cardenal Mazarino, consejero, camarista, comisario de Cruzada, gobernador del Consejo de Indias, con facultades para transigir, y gobernador del Consejo de Hacienda, amigo íntimo del conde duque de Olivares, y por tanto de la confianza del rey, sucesivamente amigo de D. Luis de Haró, del P. Everardo, ya Inquisidor General, y de todos los que mandan.

Hábil jurisconsulto, elocuente político, ambicioso de gloria, astuto, reservado y codicioso, sirve al rey con actividad y acierto; y con el rey sirve mejor á sí mis-

mo. Juntó un tesoro y fundó un mayorazgo para su hijo D. Juan, también del Consejo. Murió en 1663.

Cuando murió su amigo D. Juan de Góngora un poco antes de él, se dió al público este aviso.

Góngora murió, y de aquí
Podeis inferir, mortales,
Que también se ha de morir
El señor José Gonzalez.

El año de 16 que estaba en todo su auge, hizo un testamento fastuoso, de que tiene copia el que escribe estas notas y también de su codicilo reformado poco antes de morir. En aquel está el mayorazgo fundado con seis u ocho grandes y presidentes de los consejos á quienes hace testamentarios, y protectores de su disposición. Quiere que el rey le premie señaladamente el viaje que hizo á los Pirineos. La casa principal en que vive, hecha y trazada por él mismo (esquina de la calle de las Rejas, donde suelen vivir los embajadores de Inglaterra), el palacio, jardines y haciendas, hechas por él, compradas en Boadilla. El patronato de aquel convento de carmelitas que fundó, la casa del alto de Buena-Vista que compró donde hoy hace la suya el duque de Alba cerca del Prado, y otras muchas fincas y rentas, entran en la vinculacion, haciendo cuanto puede para que no vaya á parar al conde de Toreno, que hoy es el poseedor de lo que ha quedado.

En este se reformó en horas mas desengañadas. Las rentas se aplican á memorias, obras pias, y limosnas que actualmente se cumplen.

Las estatuas de mármol que trajo de Italia para adornar los jardines de Boadilla, las compró el marqués de Mirabal, cuando fué presidente del Consejo; hoy las tiene el duque del Infantado en su palacio de Chamartín. Algunas son muy buenas.

Dice el conde de Campomanes que en el archivo del Consejo están los autos que se le hicieron por acusacion y demanda formal de peculado que le puso un fiscal del Consejo.

Que Gonzalez hizo su defensa muy elocuente y buena, la cual está impresa y acompaña al proceso. Que incomodándole mucho ser el objeto de la espectacion pública y lo mucho que de él se hablaba en Madrid, acudió á los resortes de su política para echarle encima otro objeto de mayor atencion, y que al mismo tiempo ilustrase su nombre ahogándose el otro. Como lo pensó, lo hizo y le salió. Propuso pues á Felipe IV la creacion de la junta de la Inmaculada Concepcion, con su augusta real autoridad, para los altos fines que explicó á S. M. Se le aceptó el pensamiento; todos se aplicaron á trabajar y á escribir sobre él. Llegó á su feliz ejecucion, y se acabaron las conversaciones amargas del feo peculado.

Cuando en 1642 desterró Felipe IV al conde-duque de Olivares á Loeches, hubo ciertas cosas secretas que no se supieron en aquel tiempo, y también con la condesa su mujer que se quedó en Madrid y era camarera mayor.

El rey echó mano de José Gonzalez, le envió en secreto á Loeches con cartas de su puño. Se entendió el rey con los condes, y José Gonzalez con el rey y con ellos. La certeza de todo esto la tiene el que lo escribe aquí, en cinco cartas originales de letra del mismo Gonzalez escritas al rey. S. M. se las envió en los dias de sus fechas, con las respuestas al márgen de su mano y rúbricas. Todas están bien conservadas. Esto se escribió en 1783.

Anarquía en materia de gustos

SORRE LA APRECIACION DE LA BELLEZA.

Entre las cualidades cuya esencia se ha investigado con mas empeño por una infinidad de autores, ocupa sin duda uno de los primeros lugares el que dice relacion á lo bello. ¿Qué de indagaciones sin fruto, qué disparidad en los juicios, cuánta diversidad de sistemas! Nuestra alma, segun Platon, tiene en sí misma la idea de la belleza *arquetipa*, imagen de la divinidad, la cual posee exclusivamente la suprema hermosura en su esencia: y esa esencia de lo bello, segun el mismo, consiste en el orden, conveniencia y relaciones de concordancia existentes entre las partes para formar un todo regular y simétrico. Condiciones son esas que podrán satisfacer muchos gustos; pero un *escarabajo* las reúne, y el *escarabajo* no es bello. San Agustín hace consistir la belleza en la *unidad*, y estamos en el mismo caso; mil objetos hay que son *unos*, y sin embargo son tenidos por *feos*. ¿Será que uno y otro escritor entiendan por *belleza* otra cosa que lo entendemos nosotros, ó que den á la voz mas latitud de la que tiene para la generalidad? Nosotros sospechamos que sí; y si la belleza para ellos es cuestion puramente *metafísica*, no tendremos dificultad en convenir en que la *araña* y el *sapo*, v. g., son *bellos* en ese sentido.

Aristóteles entiende por belleza el complejo ó reunion de ideas de grandeza, orden y unidad que resaltan en los objetos; pero aunque esto es ya dar un paso mas, nos parece no obstante, que esta definicion ofrece tan solo la idea de lo *sublime*, y que si cuadra á la *ballena*, por ejemplo, no es tan aplicable á la *rosa* ó al *prado cubierto de flores*. La *regularidad*, el *orden* y la *proporcion*, exigidas por el padre Andrés; la *unidad en todo formado por*

partes variadas, ó sea la *unidad en la variedad* de que hablan Crousas, Mendelsohn, Cousin y otros, el *mayor número de ideas y sentimientos que la impresion de un objeto contribuye á excitar en el alma*, esencia de lo bello, segun Sulzer; la *perfeccion observada*, condicion indispensable de lo mismo, si nos atendemos á Vofin; la *qualche meraviglia* del padre Gerdil; las *relaciones de utilidad mas ó ménos patente que advertimos en los objetos*, con arreglo á lo que dice Russel; el *sentido moral interino* de Hutcheson y Smith; la *conveniencia de las partes con las funciones que ejercen*, segun manifiesta Galiano... todos estos sistemas y otros muchos que podriamos citar, ó están sujetos á una infinidad de excepciones, ó explican el fenómeno á medias, ó no hacen mas que exponer algunos de los rasgos que constituyen lo bello, sin que determinen su *esencia*, ó lo que es peor todavía, obligan, como el de Platon, á llamar entes *lindos* á muchos que en el modo comun de ver no son sino feos y horribles.

Renunciemos pues al proyecto de profundizar cuestion tan oscura, y conviniendo en que es bello todo lo que causa un placer, una sensacion agradable y hasta cierto punto tranquila, prescindamos de inquirir las condiciones elementales de esa sensacion, cuya anatomía, por decirlo así, aparece casi imposible. ¿Seremos mas felices limitando nuestras investigaciones á la sola cuestion del placer? Desde luego decimos que no. Un objeto que es grato á mis ojos, puede suceder que horripile á quien no lo mire cual yo; y entónces, ¿quién me dice que acierto, ó que solo mi gusto es legitimo? ¿Dónde está el *archetipo* ó la pauta á que podemos sujetar nuestros juicios en lo que concierne á lo bello?

Los placeres son relativos á la organizacion; entra en ellos por mucho el capricho, los desvirtúa y mata la costumbre, los ordena ó proscribela moda. Para distinguir en tales casos cuál placer es genuino ó no lo es, sirvanos en buen hora de regla aquello en que en todos tiempos conviene la generalidad de los hombres, y aun para eso tendremos que limitarnos muchas veces á objetos puramente morales; ¿pero qué harémos cuando pueblos y naciones enteras miran con enojo y aun con tedio lo que otras naciones y pueblos contemplan con delicia y encanto?

Para que un hombre merezca el dictado de bello, es condicion indispensable entre los chinos que sea gordo y grasiento, que tenga la frente ancha, los ojos pequeños y hundidos, corta nariz, orejas grandes, boca mediana, barba larga y cabellos negros. Las mujeres por su parte hacen consistir la esencia de su belleza en la pequeñez de sus plantas, siendo bien sabido el cuidado con que las nodrizas oprimen los piés á las niñas desde el momento en que nacen, para evitar con esto que les puedan crecer demasiado.

Entre los griegos y romanos era gala y lindeza en las mujeres el tener una ceja en vez de dos, es decir, el ser cejijuntas, presentando en su frente la marca que el novelista Eugenio Sue atribuye al *Judio Errante*. Anacreonte celebra en su querida tan extravagante capricho, y Teócrito, Petronio y otros poetas antiguos encomian en las suyas otro tanto. Ovidio por su parte asegura que las damas romanas de su tiempo, llevadas del afán de aparecer cejijuntas, se teñian el intermedio de las cejas: *arte superciliis confinia nuda repletis*.

La hermosura de las mujeres de Cumaná, provincia de la América del Sur, consiste en tener las mejillas descarnadas, la cara larga y los muslos extraordinariamente gruesos. Para conseguir todo esto, se las oprime, desde que nacen, la cabeza entre dos cojines, y se las ata fuertemente las piernas por encima de las rodillas.

Los abisinios se encantan á la vista de una nariz chata ó que apenas resalte del rostro; los naturales del Brasil machucaban á los niños la punta de la nariz para así contemplarlos mas bellos, y los persas se enamoran de las narices corvas ó aguileñas, porque Ciro, segun ellos dicen, las tenia dispuestas así.

¿Y qué dirémos de los habitantes de las islas Marianas, los cuales están en sus glorias cuando se tiñen el pelo de blanco y los dientes de rojo ó de negro?

Entre los árabes del desierto, las mujeres se complacen en marcar de negro el borde de sus párpados, prolongando una línea del mismo color á la parte externa de los ojos, para que aparezcan así mas abiertos. En otros países se pintarajan las mujeres el rostro con una multitud de rayos azules, imitando, dicen, las venas, las cuales, en su modo de ver, contribuyen á realzar notablemente la hermosura si son excesivas en número. Por lo demás, nosotros creemos excusado entrar en pormenores acerca del pintarrajeo con que adornan su cuerpo infinidad de salvajes; siendo bien sabido el valor en que tienen sus colores y el tedio con que miran las carnes cuando la epidermis se ostenta sin ese atavío artificial que tanto parece estar en contradiccion con la naturaleza.

Entre las europeas se ha notado también gran placer en pintarse la tez, ya para dar á sus mejillas el sonrosado de que carecen, ya para sustituirlo con una palidez cadavérica: llegando nuestras señoritas de nuestros tiempos al extremo de sangrarse repetidas veces por el solo placer de estar pálidas. Cuando en Francia eran moda los coloretos y los lunares con que el artificio tiznaba á las damas, preguntó una de estas á cierto extranjero: ¿qué opinion formaba acerca de las beldades francesas? — Señora, respondió el extranjero, yo no sé qué deciros sobre este punto, porque en materia de pintura soy conocedor harto flaco.

Cuando nuestra corte se hizo francesa, sabido es el influjo que en todo lo nacional ejercieron las modas de

nuestros vecinos. Las pelucas y los polvos blancos que tanto nos desagradarian ahora, fueron largo tiempo el gran tono la condicion *sine qua non* de la belleza femenina y viril.

Pueblos hay en que es la gala teñirse las cejas de blanco, y pueblos en que la suma perfeccion consiste en llevarlas rapadas, contándose, si no estamos equivocados, nuestras españolas del tiempo de los cartagineses entre las idólatras mas fanáticas de esta última y singular extravagancia. ¿Qué dirémos de las barbas, bigotes, patillas y peras que tantas metamorfosis han sufrido y están destinadas á sufrir entre los hombres, y que si ora parecen lindísimas mañana presentarán el carácter de espantosamente deformes? El padre Buffier considera la *deformidad* muchas veces como uno de los rasgos característicos de lo bello, y aun cuando este modo de ver tenga visos de paradoja, no es sino muy fundado y muy cierto en lo que concierne á la moda. Bartolomé Leonardo de Argensola dijo muy bien á este propósito:

«Pone el rostro á lo turco ó nabateo,
Mostachos y adalares se perfila,
Que es belleza tener algo de feo.»

Tanto en esto como en la mayoría de los casos que acabamos de citar, podemos decir, sin temor de equivocarnos, que la hermosura resultante de tan extrañas y diversas costumbres podrá serlo en buen hora á los preocupados ojos de los pueblos que la siguen; mas no por eso deducirémos legítimamente que ese gusto particular no esté reñido con la naturaleza. Esta, al darnos los dientes blancos, blancos los aprueba, y no negros; cejas quiere también la frente, por mas que la preocupacion ó la moda las rape. así como quiere cola en los dogos, aun cuando el capricho los mutile. Siempre que el arte desfigure los seres de un modo chocante ó contrario á los fines de la naturaleza, bien puede asegurarse que el yerro se encuentra de parte de aquel. *Numquam aliud natura, aliud sapientia dicit.*

Hemos dicho arriba que la generalidad de los hombres conviene en la *belleza moral* con mas facilidad que con la *física*, y esto es consecuencia sin duda del interés que tiene la sociedad en reconocer como bellos ó buenos ciertos principios, sin los cuales desaparecerian los lazos que unen á los hombres entre sí. Las acciones generosas y magnánimas serán siempre agradables y bellas á los ojos del mayor número, siendo muy pocas las excepciones que encuentre la regla en algunos corazones depravados. Casos hay, sin embargo, en que cuando la magnanimidad excede los límites de lo comun (y esto pertenece ya á lo *sublime*), la humanidad varia en sus juicios acerca de ciertas acciones, y mas si estas son resultado de la lucha entre la naturaleza y otros deberes, quedando aquella vencida. La muerte de los hijos de Bruto, ordenada por su mismo padre, es motivo de elogio para muchos, y de reprobacion y anatema para no pocos. Nuestro inmortal *Guzman el Bueno*, cuya patriótica conducta ha inspirado á Quintana uno de los himnos de alabanza mas bellos que el Parnaso español reconoce, ha sido á los ojos de cierta poetisa, cuyo nombre no podemos citar, objeto de animadversion y aun de encono.

..... « Se llama *bueno*

Al que en Tarifa para abrir el seno
De su hijo Guzman el hierro arroja,
Y por servir á Sancho en sus intentos
A la natura y al amor sonroja.»

Estos versos retratan la mujer, cuyo corazon los ha dictado. La mujer es toda *doméstica*, y segun la observacion de un filósofo, tiene en ménos que el hombre á la patria. Así, no es extraño que en la alternativa de sacrificar un sentimiento natural, ó deprimir un acto tan altamente patriótico, se haya declarado la escritora de que hablamos por el segundo de los dos extremos, borrando, como quiere Rousseau, del diccionario de las naciones modernas las palabras *patria* y *ciudadano*. El país, empero, en que hemos nacido puede ser para un alma elevada objeto de ternura y solicitud aun mas que la esposa y los hijos, y la accion de Guzman el Bueno será siempre admirable y hermosa á los ojos de la humanidad, como lo es el sacrificio de Codro, y como lo será para otros el hecho que se cita de Bruto. La inhumanidad aparente que resalta en esas acciones no se opone al carácter esencialmente *humanitario* de estas, porque «siendo *humanidad* entregar la vida por la patria» como dice Lista, lo es también el sacrificio de los seres que nos son mas caros, cuando la salud de la patria lo ordena, y cuando ese sacrificio preserva á una ciudad, á una provincia, á toda una nacion por ventura, de males y desgracias sin cuento.

Por lo que toca á la *belleza literaria y artística*, los votos de los hombres no se hallan tampoco de acuerdo en todos los países y climas, resintiéndose también de la moda, de la preocupacion, del capricho y de la organizacion individual. Metastasio y Laborde sostienen que no hay bello ideal *permanente* en pintura ni en música. Nuestra escala diatónica, que tan natural nos parece á nosotros los europeos, es insoportable para ciertos oídos orientales, los cuales se lastiman y asustan del efecto que les produce la colocacion de nuestros semitonos.

La escuela moderna, llamada romántica, ha erigido en principios de belleza literaria elementos que hasta nuestros dias habian sido considerados por la mayoría de los hombres, llamados de gusto, como horribles de-

formidades. Seamos justos, sin embargo, y no atribuyamos á la tal escuela otras miras que las que realmente ha tenido. Su objeto era derrocar el yugo que pesaba sobre las letras, y al verificarlo ha pasado los límites de lo razonable, y los ha pasado á sabiendas. Las cosas han comenzado á volver á su quicio, y la exageración no es ya tan de moda como lo era ántes. Tiempo vendrá en que, transigiendo sus diferencias los sectarios de ambos *exclusivismos*, reconozcan unos y otros que el gusto literario y artístico debe ser tolerante y *variado*; y que empeñarse en no reconocer sino ciertas y determinadas formas para representar la naturaleza, es lo mismo que exigir á los hombres que vistan un mismo traje, cualesquiera que sean sus climas y su modo de gozar y existir. El gusto de que hablamos está mas relacionado de lo que parece con los placeres materiales, en cuya apreciación se diferencian tanto los hombres, y así volveremos al tema que constituye principalmente el objeto de nuestro artículo: á la naturaleza puramente física.

Así como en los casos de mutilación y pintarrajeo no es posible sostener que los objetos así desfigurados tienen una belleza real, y que como tal deba ser recibida por todos, de la misma manera decimos que los gustos literarios y artísticos, emanantes de la misma contradicción con las leyes de la naturaleza, son en sí ficticios y absurdos, por mas que los autorice la moda, la preocupación ó la costumbre en países ó naciones enteras.

La arquitectura churrigueresca ha caído como efecto de circunstancias transitorias, y así irán cayendo otros usos en otros países del globo por la misma y sencilla razón. ¿Cómo puede ser eterno en Guinea el prurito de taladrar el labio inferior á las niñas, procurando abultarlo horriblemente, deprimiéndolo despues de un modo espantoso, y haciendo consistir en ello la belleza del rostro mujeril? La verdadera y legitima civilización, esa civilización que vindica los derechos de la naturaleza, en vez de proscribirlos ó ultrajarlos, penetrará tarde ó temprano en ese país, y sus mercaderes reconocerán el absurdo de semejantes prácticas. Pero las cosas tienen un término, y debemos ser razonables. Habitantes de países enteros salen de manos de la naturaleza con una configuración que no es la nuestra, con un color exclusivamente suyo, color y configuración, que si á nosotros nos parecen feos, para ellos deben ser, como en efecto lo son, agradables y hermosos. Las formas graciosas y suaves de una georgiana son, á nuestros ojos, objetos de encanto y admiración: pero ¿exigiremos el mismo placer del kalmuko, que dotado por la naturaleza de rasgos groseros y bruscamente pronunciados, se place en contemplar con preferencia los seres pertenecientes á su raza? La Venus de Médicis y el Apolo de Belvedere son hasta ahora el tipo mas bello de otra raza que nosotros nos extasiamos en admirar: pero un negro de Guinea desearia ante todo un mármol negro, y aun si fuera posible aceitoso, exigiendo además entre otras cosas, dos ojos hundidos y una nariz achatada. ¿Proscribirémos el gusto del negro? Interrogad al diablo, dice Voltaire, y él os dirá que la belleza consiste en tener un par de cuernos, cuatro patas y un rabo. ¿Qué le responderíamos nosotros? Que en lo que toca á objetos puramente físicos, si bien no merecen respeto toda clase de extravagancias, es frecuentemente muy justo el refrán ó adagio que dice: *sobre gustos no hay disputa*.

MIGUEL AGUSTIN PRINCIPE.

La última hoja.

EN UN ALBUM.

Hoja, de tantas en pos,
Dad á un triste que os escoja;
Y comprenderán por vos
Que es triste como un adiós
La última hoja.

¡Ay! Cuando al chopo aterido
Rudo el aquilon despoja
Con monotonó ruido,
Siempre le arranca un gemido
La última hoja.

Pobre de gala y encanto,
Tal vez un libro se arroja;
Tal vez interesa tanto
Que se humedece de llanto
La última hoja.

Si hojas de fecunda palma
Son en placer y en congoja
Las ilusiones del alma,
Guarda en tempestad y calma,
La última hoja.

E. FLORENTINO SANZ.

Á J....

EN UN ALBUM.

Entre los rumores vanos
Del mas oscuro café,
Donde jóvenes sin fé
Cuentan amores livianos,
Nada te escribo, que aquí,
Aunque es mucha tu belleza,
La mas galante fineza
Es no acordarme de tí.

ABELARDO L. DE AYALA

« Quien calla no dice nada, »
Dijo un sabio en amor ducho;
Pero es su máxima errada,
Porque un alma enamorada
¡ Cuando calla, dice mucho !...

FERNANDO OSSORIO.

Los plumíferos universales.

Para revistar una escuadra se necesita por lo ménos ser cabo; para hacer lo mismo con un ejército, general. Pero para revistar el mundo entero desde las testas coronadas hasta los infelices pordioseros; para examinar los teatros, las funciones de iglesia, las corridas de toros, la guerra de Oriente, las instituciones, las modas, el pasado, el presente y el porvenir, es preciso ser nada ménos que todo un escritor público, un plumífero universal. ¡ Qué les vayan luego haciendo ascos! ¿ Quién si no ellos lleva á feliz y venturoso término tan arriesgada empresa? Y no se me replique que en la imposibilidad de abarcar tantos asuntos, no los tratarán detenidamente, pues confeccionador de revistas conozco yo que es capaz de dedicar un párrafo entero y verdadero al barbero del tenor, ó la modista de la prima donna, si llega á figurarse por un rasguño ó un frunce que no han cumplido á conciencia con su obligación.

Pero señor, estoy oyendo que dice un suscriptor: estas cosas, si todos las vemos, ¿ á qué necesitamos que nos las cuenten? Lo que al público le hace falta son ciertas profundidades que no están al alcance del que no se toma mas trabajo que el de ver, y encomienda á los periodistas el de pensar.

Poco á poco, amigo mio, que todo se vuelve pólvora en salvas; y á buen seguro, que ántes se escapará un precito de las cavernas de Pluton, que una comedia nueva de su correspondiente crítica; ¡ pero qué crítica! ¡ profundísima! Figurese Vd. que algunas veces el mismo autor es el que examina la obra, y nadie puede hacerlo con mejores datos: esto cuando el juicio es favorable: que cuando no, tenga Vd. por cosa cierta que el escritor no puede ver al poeta, y como busca encarnizadamente los defectos, regularmente los halla; y digo regularmente, porque hay casos en que esto no es tan fácil; pero de todos criticará lo que esté bien; otros periódicos contestan rebatiéndole, y al fin y al cabo malo ha de ser que no se ilustre Vd. algo con la polémica.

Esto en cuanto á comedias; que en cuanto á otras producciones ya varia el caso; si son versos, no hay como haberlos leído para escribir sobre su mérito; y no se crea que esto es bulla, porque recuerdo haber oído en las redacciones mas de una vez diálogos por este estilo:

— Hombre, escriba Vd. un suelto alabando unas composiciones poéticas que ha publicado mi amigo Nicomedes.

— ¿Y porqué no le escribe Vd.?

— Porque no he podido zafarme del autor, que esta mañana me ha recitado medio tomo. Ya ve Vd. que con semejante impresion no podría decir nada bueno. A Vd. deberá costarle ménos trabajo hacer el elogio, porque no ha tenido el disgusto de oír una cosa tan detestable.

Y el oficioso redactor toma la pluma y escribe:

« No podemos ménos de recomendar á nuestros lectores las escogidas y sobresalientes poesías de D. Nicomedes Palomo de Gonzalez; en ellas encontrarán unidas la galanura del verso con la elevación de los pensamientos, y un estudio concienzudo de nuestros clásicos. »

Semejantes alabanzas no comprometen, porque en la época que atravesamos ya nadie lee los ardientes delirios de los vates, como no sean los cajistas, la familia del impresor y algún amigo á quien el autor regala un ejemplar por atención.

¿ Pues y los artículos de modas? Todo un Quijote fué necesario para acabar con los libros de caballerías; pues una sola revista, auxiliada por una guerrilla de gacetillas, ha obligado á retirarse avergonzadas á las atrevidas moñas, que estaban enseñoreadas de las femeniles testas á principios de año de gracia que tras-curre.

Es cierto que Vd. calificará estos asuntos de fútiles; pero cíteme sobre qué materia quiere que verse el articulillo, y verá en un momento los resortes ocultos de que echa mano en tales circunstancias. ¿ Quiere Vd. estar al corriente de los usos y costumbres de los griegos, de los rusos ó de los turcos, ó le agrada mas el que demos un paseito por Constantinopla? Sí; esto será lo

mejor, porque es pueblo que ahora está en moda. Pues señor... Aquí el articulista se rasca la punta de la nariz; fija su vista en el cielo raso; su ardiente imaginación mira desembocar el canal del mar Negro como un río soberbio; se acuerda de haber oído unos versos que dicen:

Asia á un lado,
Al otro Europa,
Y frente á frente Stambul.

Los nombres de Scutari y Galata están próximos á salir del cañon de su pluma: pero ¡ oh felicidad! Chateaubriand ha escrito el itinerario de Paris á Jerusalem, y se detuvo este caballero algunos dias en Constantinopla: pues ya no se necesita mas.

Dice el viajero: *L'absence presque totale des femmes, le manque de voitures à roues, etc.*

Escribe nuestro héroe:

« Las calles de Constantinopla presentan el aspecto mas sepulcral; ni el ruido de los carruajes, ni la presencia de las musulmanas que gimen encerradas, nada, nada absolutamente que distraiga el ánimo ni alegre la fantasía. Multitud de perros sin dueño... »

En fin, con este retazo sobra para muestra, que no es cosa de enjaretar una descripción entera.

Poco importa que lo que se traduce esté escrito ántes ó despues del diluvio; ello trata de Constantinopla y basta.

No quiero concluir el artículo sin elogiar cumplidamente la *sagrada union* de los enciclopedistas, de esas antorchas del saber humano, cuyos fuegos, no por ser *fatuos*, dejan de esparcir su poquito de difusa claridad.

Sí; yo os consagro mi panegírico á pesar de todo, espejos de mil facetas, que reflejando rayos de tantos colores les amalgamais y les haceis penetrar en mágica y pintoresca confusión hasta la tranquila mente del erudito portero, de ese suscriptor de mérito de todas las publicaciones habidas y por haber, de ese hombre, que si no fuera por vosotros, ignoraria lo que querian decir elucubraciones, síntesis riquísimas, arbitrariedades, golpes de estado, etc., y despues de haberos leído, se encuentra tan á propósito para reformar la ley electoral, como para disertar sobre el magnetismo, derribar el ministerio ó exterminar la oruga.

SERAFIN OLABE.

Montañas lunares.

Se lee en el *Literary Journal*:

« Se conocen tres clases de montañas lunares. La primera se compone de montañas aisladas, separadas, distintas, de un carácter muy curioso. Lo que distingue estas montañas es que se levantan súbitamente de la superficie de una llanura. En la tierra, las montañas van generalmente por cadenas. Las montañas lunares se elevan aisladamente, sin connexion con ninguna cadena. Una de ellas, llamada Pico, tiene nueve mil piés de altura. Su figura es la de un inmenso pilon de azúcar.

Otras muchas montañas de este género están diseminadas en la superficie de la luna, y no solo se levantan separadas las unas de las otras, sino que (¡ cosa mas notable todavía!) las llanuras sobre que se alzan no son atormentadas sino muy ligeramente. Con efecto, es muy singular que la influencia que ha hecho surgir una montaña de 9,000 piés haya apenas trastornado la llanura de sus cercanías.

La segunda clase de elevaciones lunares se compone de cadenas de montañas, como las de la tierra, solo que lo que es en nuestro planeta la regla, es en la luna la excepcion. Se ven dos cadenas que parece que no han constituido mas que una al principio. La una ha sido llamada los Apeninos; se descubre tan perfectamente que cuando la línea de luz pasa por la luna, se cree ver una rajadura en su superficie. Pero con el auxilio de un telescopio ordinario se conoce al momento que es una cadena de montañas.

La cadena de los Apeninos lunares puede ser comparada á la cadena mas elevada de montañas que haya en la tierra. Su elevación es de 18,000 piés; otra cadena existe todavía mas alta, que se alza 25,000 sobre su base. Bajo este aspecto, la luna ofrece una analogía con la tierra, pero con esta diferencia, ya notada ántes, que lo que constituye la regla en la tierra forma la excepcion en la luna. »

Descripción del bordado.

1. Cuello mosquetero, feston.
2. Papalina de señora, bordado inglés.
3. Casco de la papalina.
4. Guarnicion de enaguas con galon, bordado y *guipure*.
5. Punta de pañuelo, plumetis y punto de rosa.
6. Banda, bordado inglés para mangas ó pantalon.
7. Pequeña guarnicion, bordado *guipure* para almilla de niño.
8. Guarnicion de pantalon con ondas.
9. Guarnicion de mangas, bordado inglés.
10. Entredos, bordado inglés.
11. Floron, plumetis y punto de arma.
12. Celina, plumetis.
13. Rosalía, plumetis.
- 14, 15, 16, 17. P. N. R. S. letras, bordado feston.

El mes de Julio.

Para celebrar la pompa
Del bravo mes que me inspira,
Casi mejor que la lira
Debiera sonar la trompa.

Que no es su nombre plebeyo
Lo comprenderá el mas payo,
Recordando que es tocayo
Del vencedor de Pompeyo.

Y en fin, tan dichoso ha sido
En el poder que concentra
Que en el zodiaco se encuentra
Por un *leon* presidido.

Alta es de Julio
La condicion
Y alzar debemos
Robusta voz,
Cuando su guardia
Nos da el leon
Que al alma infunde
Tanto valor.

Pero es verdad pura y neta
La del refran castellano,
Que en este mundo tirano
Nunca la dicha es completa.

Como dura oposicion,
O bien para gloria y fama
De esas que la ciencia llama
Leyes de compensacion,

Mientras á ahuyentar se apresta
El leon la pesadumbre,
Febo derramando lumbre
Nuestros corazones tuesta.

Y es muy difícil
Que un trovador
La nota alcance
Del si bemol,
Cuando no hay musa,
Ni humana voz,
Que no sucumban
Con el calor.

¡Qué diablo! Alumbrela esfera
Con su disco el viejo loco,
¡Y arda Troya! y si esto es poco,
Salga el sol por Antequera.

Desdeñemos sus abusos,
Y eso de agachar la frente
Ante el fuego del Oriente,
Quédese para los rusos.

Que entre el frio y lo caliente,
Segun opinion de Esquilo,
Mas vale sudar el quilo
Que pegar diente con diente.

Y fuera mengua
De un español
Ceder el campo
Sin ton ni son,
Cuando su guardia
Nos da el leon,
Que al alma infunde
Tanto valor.

Si el calor causa el marasmo
Cuando con sus rayos pica,
Tambien abre y vivifica
Las fuentes del entusiasmo.

¡Quién de hazañas varoniles
Aun alimenta el deseo?
El *ardor* de Idomeneo
Y el *fuego* patrio de Aquiles?

Camilo, el Cid y Rolan
Cada cual dar supo al agua
Su pecho, que era una fragua,
Por no decir un volcan.

Manifestando
Con decision
Que eran guerreros
Y hombres de pró;
Y que la fibra
De la ambicion,
Nunca se encorva
Con el calor.

Además, el orbe entero
Compadece el hado triste
Del amor que no reviste
Las formas del reverbero.

Las plantas con su actitud
El curso del tiempo miden,
Y lánguidas se despiden
De la dulce juventud.

¿En qué consiste
Tal reaccion?
¿Porqué este cambio
Triste y veloz,
Cuando su guardia
Nos da el leon
Que infunde al mundo
Tanto valor?

Porque el sol canicular
Que en sus redes nos encierra
Dando esa calma á la tierra
Que desespera en el mar;

No por eso en su violencia
Nuestra razon prostituye,
Ni la actividad destruye
Que tantos bienes agencia.

Mas bien, mirando al peculio,
Iman de tantos sudores,
Si en Mayo nacen las flores
Los hombres viven en Julio;

Aunque se dice,
Con tal razon
Que mal pudiera
Negarla yo;
Que no hay virtudes,
Gloria ó pasion,
Que no desmayen
Con el calor.

Reme, pues, la humana banda
En esta mansion bendita,
Puesto que el tiempo la invita
Y su bienestar lo manda.

Que á pesar de la acritud
Con que alguno lo condena,
Si el trabajo es una pena
Constituye una virtud.

Y ogaño así como antaño
Por el comun interés,
Cojamos en solo un mes
El sustento para un año.

En los mortales
Haya teson
Y nadie esquivé
La frente al sol,
Cuando su sombra
Nos da el leon
Que al pecho infunde
Tanto valor.

Saco aquí por consecuencia
Y corolario y escólio,
Que de sentencia en sentencia
Puede hacerse un libro en fólio.

Pero yo, que soy metódico,
Solo he buscado manera
De completar la postrera
Página de mi periódico;

Y aquí se apaga
Mi inspiracion,
Y aquí el aliento
Falta á mi voz:
Que aunque su guardia
Nos da el leon,
Que al alma infunde
Tanto valor;
No hay lira humana;
No hay musa, no,
Que no se postre
Con el calor.

J. M. VILLER GAS.



Y si siempre este señor
Mereció en el mundo palmas,
Y Julio enciende las almas
Como alumno del amor;

Bien haya el mes que así aguza
Los dardos abrasadores,
A pesar de los temores
De esta cancion andaluza:

— Francisca.
— Señor.
— ¿Qué tienes?
— Calor.
— Mira, no te arrimes
Al fuego de amor,
Que te harás un chicharron.

No es que Julio á los amores
Blandamente arrulla ó meza
Con la preciada belleza
De sus hojas y sus flores.

En esta estacion cruel,
En el rigor del estío,
Parece que huye el rocío
Y la hermosura con él.